

Cuando el dolor aparece
Reflexiones desde la filosofía y la literatura

Línderman García Agudelo

Trabajo de grado para optar al título de magíster en filosofía

Director

Jaime Pineda Muñoz

Universidad de Caldas

Facultad de Artes y Humanidades

Maestría en Filosofía

Manizales

2022

A mi madre querida, quien, teniendo poco, me lo ha dado todo. Te amo.

Agradecimientos

A todos aquellos que estuvieron pendientes de mí durante este proceso. Estoy, eternamente, agradecido por su fundamental apoyo, el cual me fortaleció para seguir adelante. Muchas gracias a mi familia, al amor, a mis amigos, a mis colegas de trabajo, a todos mis profesores y administrativos de la maestría, a mi director de tesis y a la vida misma por permitirme estar acá y conocerlos a ustedes y a la filosofía.

Tabla de contenido

Introducción	3
Resumen.....	4
Descripción del proyecto.....	5
Presentación del problema	5
Preguntas	6
Objetivos	7
Objetivo general.....	7
Objetivos específicos	7
Metodología propuesta	7
Primera parte	9
Justificación.....	9
Consideración: el caso de <i>El ángel nuevo</i>	10
Una mirada poética sobre el dolor.....	11
Habitar la existencia sin dolor.....	16
Historia cultural del dolor: un análisis genealógico	18
Las primeras observaciones sobre el dolor	20
Perspectivas modernas sobre el dolor.....	21
Segunda parte	27
Marco teórico y estado del arte	27
Personajes conceptuales del dolor en la literatura.....	27
Primer rastro: el dolor como encuentro de la angustia.....	28
Segundo rastro: heroísmo y sacrificios en el dolor	40
Tercer rastro: el dolor como austeridad y consolución	49
Tercera parte.....	61

Fenomenologías del dolor plasmadas en relatos entre ríos	61
Arriba del río Cauca	64
Al lado del río Magdalena.....	70
Conclusiones	74
Referencias.....	76

Tabla de figuras

Figura 1. Pintura <i>El grito</i>	1
Figura 2. Pintura <i>El ángel nuevo</i>	11
Figura 3. Pintura <i>El convaleciente</i>	29
Figura 4. Pintura <i>Cristo como varón de dolores: la pasión pequeña en cobre</i>	30
Figura 5. Pitura <i>Prometeo lleva el fuego a la humanidad</i>	41
Figura 6. Pintura <i>Prometeo capturado</i>	46
Figura 7. Pintura <i>Prometeo</i>	49
Figura 8. Pintura <i>Job</i>	50
Figura 9. Pintura <i>El temeroso Job</i>	53
Figura 10. Pintura <i>Libro de Job</i>	56
Figura 11. Cuando el dolor aparece, las formas de habitar se transforman. Por aquí dejaron de sonar los pasos humildes de los trabajadores para ser reemplazados por los pasos de los señores de la guerra	65
Figura 12. Entrada al sepulcro, la cual hace recordar la condición de mortales que tenemos todos	66
Figura 13. Cementerio municipal de La Merced, Caldas	68
Figura 14. Ruinas de la casa de Don Ovidio después del fallecimiento de su hermana y de su suicidio.....	69

Figura 15. Resurgir, “no hay mal que dure 100 años”	70
Figura 16. Puente Alfonso Palacio Rudas en Honda (Tolima), encima del río Magdalena	71



Figura 1. Pintura *El grito*

Fuente: Munch (1930).

“El sufrimiento y el dolor van necesariamente unidos a un gran corazón y a una elevada inteligencia. Los verdaderos grandes hombres deben de experimentar, a mi entender, una gran tristeza en este mundo” (Dostoyevski, 2022, p. 245).

Introducción

El presente texto abarca el intento de una reflexión filosófica sobre el dolor, pues este fenómeno inherente a la más íntima naturaleza del ser humano se ha interpretado de diferentes maneras. Para este ejercicio se apartan las explicaciones típicas acerca del dolor, como el acercamiento clínico, y se realiza un enfoque que busca ser novedoso por medio de la filosofía existencial, marcada por algún tinte de lenguaje poético. Uno de los grandes vestigios o enigmas de toda la vida es el dolor que es vivido por la mayoría de los seres vivos, pero de forma mucho más profunda por el ser humano. En la amplitud y complejidad del dolor se presenta una necesidad y pertinencia de pensar dicho aspecto de la existencia más allá de lo típicamente entendido.

El pensamiento filosófico que ha acompañado al ser humano desde sus inicios como sujeto pensante, lo ha ayudado a reflexionar sobre diferentes aspectos de su vida misma y de sus relaciones con otras dinámicas de la existencia o de la sociedad. A lo largo de las épocas históricas, el análisis del dolor desde la filosofía no ha sido tema de mayor relevancia o constancia, sino que se ha formalizado más desde áreas específicas como la medicina e incluso la psiquiatría. Usualmente, el dolor se ha visto casi como a un enemigo del bienestar o de la plenitud de vivir, ante dicha situación se le han impuesto técnicas para adormecerlo.

Desde la filosofía, la mirada hacia el dolor cobra un sentido diferente, en la medida en que se analiza dicho fenómeno como una de las grandes incógnitas de la vida, la cual no debe de censurarse; sino todo lo contrario, hay que mirarla de frente y buscar comprenderla. Si el dolor está presente en la vida y su presencia es inminente en cualquier momento, es un llamado a pensar el sufrimiento como parte fundamental de la existencia. El dolor se siente, se evita, se anestesia y se trata, pero también se debe pensar como reflexión filosófica, así se comprende mejor el sentido de la vida y de la filosofía con esta relación.

Resumen

El tema del dolor ha sido tratado de manera diferente en cada época de la historia. Se puede decir que, al menos de manera provocativa, la reflexión filosófica sobre el dolor sí se ha hecho, pero no ha sido suficiente. Algunos intelectuales lo han tratado, pero este no ha sido el debate central de su pensamiento, o sea, hay una ausencia de reflexión filosófica sobre el dolor. Para el presente escrito, se tienen en cuenta las posibles relaciones filosóficas que se pueden hacer desde alguna parte del pensamiento de Martin Heidegger (1994 acerca de este tema, junto con las perspectivas literarias de una de las obras de León Tolstói (2014), el libro de Job de la *Biblia* (Reina Valera, 2016) y una obra del teatro clásico griego (Esquilo, 1993). Desde estos enfoques, se busca dar cuenta de algunas posturas relevantes que pueden ayudar a pensar el dolor como fenómeno humano.

Se pretende relacionar la reflexión filosófica con la comprensión del dolor como fenómeno inherente a la naturaleza humana y utilizar, a la vez, una obra literaria como referencia de que puede existir una perspectiva interpretativa que se enfoca en el dolor. Desde Heidegger (1994), el dolor, junto a temas como el amor o la muerte, comparten características que, en cierto grado, son cuestiones enigmáticas que a veces suelen ocultarse o esconderse del entendimiento común. Estos son asuntos abismales que sabemos están ahí, pero que al mismo tiempo, son tan profundos que no se dejan entender fácilmente. La filosofía, como proceso racional sobre la totalidad de las cosas, puede aportar a la comprensión del dolor, no desde un aspecto biológico o medicinal, sino reflexivo. El dolor se presenta aquí como algo necesario para pensar y comprender.

Descripción del proyecto

Presentación del problema

El propósito de este escrito es realizar una serie de ejercicios interpretativos sobre el dolor, por medio de la filosofía y la literatura. El dolor puede comprenderse desde muchas explicaciones, tanto las de carácter histórico como las de carácter social, por ejemplo, la misma sociedad globalizada que ha pretendido estandarizar los modos de existencia en nombre de los avances de la civilización. A la vez, se ha configurado un mundo fugaz e inmediato, el cual ha conllevado a un olvido del ser o de los seres (en sentido ontológico) que son diferentes o que parecen pequeños, pero que pueden ser esenciales y fundamentales. Para ello, se expondrán tres momentos a lo largo de la lectura. Primero, se presentará una parte de la visión filosófica de Heidegger (1994) en relación con el dolor. Como segundo momento, desde la literatura, se traerá a colación un punto de vista sobre el dolor. Y, por último, a manera de conclusión, se desarrollarán algunas consideraciones acerca del dolor visto desde algunos relatos de la violencia en Colombia.

Desde la época antigua, con las grandes obras del teatro griego, específicamente, la tragedia, se trató de cierta forma el ámbito doloroso en la vida del ser humano. Después, cuando los helenísticos mencionaron la felicidad, lo hicieron como respuesta para evitar lo relacionado al dolor. Y si se pasa a épocas contemporáneas, autores como Cioran (1998) y el cinismo, o Schopenhauer (2009) y el pesimismo, relacionaron esos temas con la cuestión del dolor, pero es necesario recalcar, que, la tradición filosófica ha pensado al dolor de una manera óptica más que ontológica; es decir, la reflexión de la filosofía sobre el dolor ha sido una reflexión sobre el dolor como manifestación física en sí misma (ente), y no se ha especializado aun profundamente, o suficientemente en el dolor, como fenómeno al que se le debe de construir una interpretación de acuerdo a su esencia.

Es cierto que en la tradición filosófica se aprecia una amplia y diversa serie de referencias hacia el dolor, o temas derivados y relacionados a este como el sufrimiento, la angustia, la melancolía, etcétera. A continuación, sin profundizar en los temas, solo a forma de referencia, se menciona esa tradición filosófica que trató de nombrar el dolor prácticamente de forma óptica. Nicolás Maquiavelo (1976) habló de una especie de sufrimiento social en los ciudadanos por diferentes circunstancias de la comunidad o país. Charles Peirce (1996)

mencionó el tema sobre la naturaleza del placer y del dolor como cualidades de los sentimientos o instintos. Siguiendo estos rastros, aparece que la filosofía en la modernidad abarcó el asunto del dolor, que había sufrido antes, una interpretación plana debido a la uniformidad interpretativa que padeció el conocimiento por la rigurosidad religiosa en el medioevo, donde todo se regía a las leyes divinas.

Continuando, el racionalismo y el empirismo también nombraron de cierta forma la cuestión por el dolor, Baruch Spinoza (1999) lo hizo cuando estudió los grandes cambios que padece el alma, como el afecto de la tristeza que relacionó precisamente con el dolor o la melancolía, Thomas Hobbes (1980) habla del grupo de pasiones alegría - tristeza y pasión - dolor como unas de las pasiones más importantes. David Hume (1992) menciona un principio de simpatía y sentimiento de humanidad hacia el dolor de los demás. Juan Jacobo Rousseau (2016) destaca al dolor como uno de los primeros aprendizajes de los niños. En tiempos más actuales Michel Foucault (2006) expone el papel del dolor en la ética de la resistencia, y por último otro francés, Clement Rosset (2000) recalca nuevamente el pensamiento de dos grandes filósofos quienes trataron los temas del conocimiento trágico del dolor y de la crueldad como fue Nietzsche, y el pesimismo radical como lo expresó Cioran con relación al dolor.

Por último, cabe decir que, los desaciertos de las sociedades contemporáneas y en la historia son fiel reflejo de los desaciertos estructurales que han tenido los modos de vida de los individuos del común; por ejemplo, los aspectos sociales como la desigualdad, la pobreza, la violencia, el hambre y muchas tragedias más son factores de un dolor social o generalizado, puesto que quienes padecen las mencionadas tragedias suelen ser aquellos sujetos marginados y cohesionados. Así, pensar el dolor en tiempos actuales, puede desenmascarar aspectos esenciales para la vida misma que, lastimosamente, se han menospreciado, olvidado o que suelen estar tan normalizados como el amor, la muerte y el mismo dolor. Desde una faceta filosófica para el presente caso, se pretende reflexionar sobre el dolor como un fenómeno enigmático o que aún no ha sido comprendido por completo.

Preguntas

- ¿Cómo aporta el pensamiento existencial de Heidegger (1994) a una comprensión del dolor?

- ¿Cuáles son las formas en que la literatura puede relacionarse con la filosofía teniendo en cuenta el tema sobre el dolor?
- ¿Pueden representar las experiencias dolorosas una oportunidad para entender dicho fenómeno desde una perspectiva filosófica existencial?

Objetivos

Objetivo general

- Ampliar la comprensión del dolor como fenómeno inminente de la naturaleza humana, por medio de un análisis filosófico acompañado de algunas figuras de la literatura.

Objetivos específicos

- Interpretar la perspectiva de la existencia desde el pensamiento de Martin Heidegger (1994).
- Relacionar el tema del dolor desde obras de la literatura universal como *La muerte de Iván Ilich* Tolstoi (2014), *Job de la Biblia* (Reina Valera, 2016) y *Prometeo encadenado* de Esquilo (1993).
- Buscar focos de experiencia del dolor desde la voz de testimonios de acontecimientos angustiosos.

Metodología propuesta

La investigación filosófica presenta la necesidad de abarcar procesos interpretativos con orientaciones cualitativas, lo que se refleja en la naturaleza misma de la filosofía, es decir, el campo de las humanidades se caracteriza por su variedad interpretativa. No es que el pensamiento filosófico sea algo vago o abstracto, sin definición alguna, ya que algunos de sus componentes requieren cierta exactitud, como en la lógica formal; sino que su eje central de pensamiento parte de abarcar fenómenos que no son exactos, por ejemplo, cuando se necesita hacer disertaciones de orden moral o estético no se habla de un número de personas buenas o de personas bellas, sino que se diserta sobre los mencionados conceptos. Para la presente investigación de corte cualitativo se hará una profundización en el aspecto comprensivo.

El proceso cualitativo se puede entender con la analogía del laberinto, como lo plantea Sampieri (2014), se sabe dónde se empieza, pero no en dónde se termina. La investigación con tratamiento cualitativo se caracteriza, esencialmente, por su aspecto dinámico, v. gr., porque abarca preguntas e hipótesis que no tienen siempre un lugar exacto dentro de la investigación. Durante cualquier momento del trabajo pueden resurgir, repetirse o cambiar, según el ritmo de investigación. Toda la interrogación que se desarrolla a lo largo del trabajo se caracteriza también por presentarse de una forma circular, es decir, que no es estática, puesto que los hechos y las interpretaciones estarán casi siempre sujetas a cambiar, siendo así, se evidencia que la investigación con rumbo cualitativo es compleja y a la vez flexible.

Dentro de este encuadre existe otro subproceso que es el aspecto comprensivo, en el sentido de abrazar, ceñir, rodear, contener, incluir, entender los diferentes fenómenos alrededor del dolor. Resulta, entonces, una investigación cualitativa comprensiva. Este tipo de investigación parte, en cierto momento, desde lo reflexivo. Lo primordial dentro de este rasgo es que dicha flexibilidad es la que caracteriza su aspecto cualitativo. El presente trabajo pasará por tres momentos diferentes, los cuales componen las principales metodologías de investigación del escrito. Se utilizarán métodos hermenéuticos, fenomenológicos y genealógicos; los cuales serán pertinentes en la medida en que están enfocados hacia la interpretación de orden filosófica y conforman esa gran estructura, ya mencionada, de la investigación cualitativa comprensiva hacia el dolor.

El proceso hermenéutico quizás represente el factor más relevante dentro del escrito, puesto que la hermenéutica —entendida como aquella reflexión sobre la interpretación— se reflejará, permanentemente, en esa serie de intentos por comprender el dolor. De forma complementaria, el proceso genealógico sobre el dolor aportará una serie de referencias relevantes para terminar de entender dicho fenómeno y qué mejor que desde el testimonio de diferentes sucesos relacionados con el tema tratado. Por último, en un intento de comprender las diferentes realidades del dolor, el ejercicio fenomenológico también tendrá un aporte sumamente valioso, ya que permitirá entender, del modo más fiel posible, cómo nosotros como humanos sintientes los hemos afrontado.

Primera parte

Justificación

Para pensar en temas esenciales desde la filosofía, es necesario situarlos en el tiempo de Kairós (dios de la cultura griega), entendido como el encargo del transcurrir adecuado y necesario, y de suspender el tiempo de Cronos como aquello exacto, cuantitativo y formal. Desenmascarar el dolor como aspecto de la existencia misma acontece en el instante en el que estamos en Kairós, sin ataduras ni exactitudes, en espacios de libertad. Algunos momentos de la vida cotidiana reflejan la diferencia de estos tiempos: en aquellos espacios en los que las personas se desenvuelven siguiendo estándares impuestos, a diferencia de momentos de plenitud en los que se puede apreciar un estado de felicidad, cuando acontece lo agradable y lo interesante, aquello que nos llama la atención personalmente.

En las posibles interpretaciones sobre el dolor, es necesario descubrir un vestigio filosófico, como aquello que deja huella para siempre, un rastro que no se puede olvidar. El ser humano tiene la capacidad de presentar descripciones fenomenológicas acerca de los sentimientos y expresiones de su vida, por ende, el dolor como sentimiento y la expresión de este es algo de lo que la filosofía se debe hacer cargo, de allí, la importancia de pensarlo, interpretarlo, analizarlo y reflexionarlo. En cuanto a las cosas esenciales de la vida, el dolor se presenta constantemente y no necesariamente a través de la concepción clásica del dolor, tratado como una manifestación física o emocional, sino como un vestigio que no se borra, un fenómeno inminente en todos.

Pensar en el dolor es pensar en lo más profundo de la esencia humana en relación con la totalidad de la existencia y de sus formas de expresión como la vida, los otros, la naturaleza y los animales. Ortega y Gasset (1914), en *Meditaciones del Quijote*, dice al respecto: “El hombre rinde el *maximum* de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias” (p. 34). Y esto es precisamente lo que implica el dolor como condición y expresión natural de la existencia, pues se presenta como un fenómeno constante durante el trayecto de la vida, por lo que resulta fundamental buscarle el sentido como algo que nos rodea siempre, que nos atañe, que nos acompaña, que nos deja expresar, que nos deja existir y que, a pesar de todo, también nos da vida y sentido.

Consideración: el caso de *El ángel nuevo*

Desde una perspectiva histórica, se puede revisar una novedosa interpretación que realizó Walter Benjamín de una pintura llamada *El ángel nuevo*, la cual está inspirada en una leyenda de la cultura hebrea que data sobre la constante creación de seres celestiales que ofrendan a la divinidad. Además, en el capítulo nueve de la obra *Sobre el concepto de la historia* (Benjamin, 2021), se hace una interpelación entre el dolor y el ser de todas las cosas, la cual se relaciona con el caso expuesto. La obra del siglo pasado, pintada por un artista suizo, está plasmada en papel, se dibujó con pocos colores, para dar la apariencia de antigua; y la criatura celestial se caracteriza por tener cuerpo pequeño y cabeza grande, se destacan sus alas abiertas y sus expresiones faciales, específicamente, su mirada hacia un lado.

Las alas del ángel están siendo impulsadas hacia el futuro por medio de la tempestad y el afán del progreso de las sociedades, y se expresa una mirada que refleja la necesidad de detenerse para tratar las ruinas del mundo. Dentro de esas ruinas, el ángel está franqueando la esencia de los seres humanos como los principales protagonistas. En ese momento de interpelación, la mirada del ángel busca comprender el dolor, escucharlo, preguntar por él y dar cuenta también del dolor de la humanidad ante la transgresión de la existencia.

La mirada profunda del ángel también sobrevuela todos aquellos escenarios particulares en los que se presenta el dolor, en el marco de la guerra y de la violencia en Colombia, se encuentran un sinnúmero de sujetos posguerra, quienes por circunstancia de la vida social han sido testigos directos o víctimas de los vejámenes de las acciones bélicas. A estos testigos les sobra la experiencia, pero le hace mucha falta palabras a esa misma experiencia, unas para comprender, escuchar y expresar todo lo que gira en torno al dolor. De este fenómeno, en términos prácticos, se ha dicho muy poco, tan poco que realmente no se conoce a fondo los rasgos de ese dolor posguerra.

Las teorías ópticas sobre el dolor se quedan cortas en comparación con su esencia, el dolor no puede reducirse nada más a una serie de teorías o palabras, sino que abarca diferentes fenómenos concernientes a la complejidad de la vida misma. Desde la filosofía y un enfoque ontológico del dolor, se puede tejer una serie de reflexiones que ayuden a comprender mejor dicho fenómeno. Junto a estos primeros momentos reflexivos, aparecerán una serie de narraciones literarias como las de Iván Ilich (Tolstoi, 2014), Prometeo (Esquilo, 1993) y Job

(Reina Valera, 2016). Para culminar este ejercicio comprensivo del dolor con una lista de preguntas que los testimonios de la guerra le hacen a la existencia, esta última reflexión se acompaña de la poesía de Maria Mercedes Carranza (1998). Los cuestionamientos acerca del dolor o del sufrimiento, se apartan de esas interpretaciones clásicas del pensamiento europeo y se contextualizan, más bien, en nuestra propia guerra. El significado del dolor de los testimonios de la guerra en Colombia pertenece aquí mismo, en donde se ha tenido la dolorosa experiencia, pero aún hacen falta muchas palabras para nombrar dichas vivencias.



Figura 2. Pintura *El ángel nuevo*

Fuente: Klee (1920).

Una mirada poética sobre el dolor

La gran pregunta inicial de esta reflexión es acerca del porqué del olvido del dolor. Desde el pensamiento de Martin Heidegger (1994), se encuentran conceptos claves que

sirven como herramientas que pueden dar luz respecto a esta cuestión. En el profundo olvido del ser, que es una de las preocupaciones mayores de este filósofo, se puede entender también que esto corresponde a un profundo olvido del dolor. Pensar en la insuficiencia de la reflexión filosófica es pensar también en el olvido en torno al dolor. Es gracias a una actitud reflexiva acerca de la vida y existencia misma, que hay conciencia de la relevancia de pensar el sufrimiento. La filosofía es, en ese sentido, un ejemplo de los muchos olvidos en los que han entrado las personas y, entre estos, el olvido del ser y el del dolor.

En primera dimensión, el olvido del ser y, a manera analógica, el olvido del dolor, reside en identificar el ser con el ente. Estos dos conceptos —*ser* y *ente*—, dentro del pensamiento existencial, resultan una de las diferencias fundamentales en Heidegger. El *ser* se puede relacionar, en términos básicos, a todo aquello que es auténtico, o sea, que piensa la esencia de su existencia, mientras que el ente sería aquella región en donde precisamente está el olvido de las cosas. Lo ideal para el habitar, es decir, para vivir auténticamente la existencia, es buscar el ser de las cosas, encontrarlo en la esencia de las cosas y no quedarse en la penuria de los simples entes. En la región del ente, en la que reside el olvido de las cosas, también se encuentra el olvido del dolor porque se ha olvidado su naturaleza inherente a lo humano, por eso, no se recuerda la pertinencia de pensar el dolor como perteneciente a la esencia de la vida.

En segunda dimensión, olvido del ser como olvido del dolor, es importante tener en cuenta que la pregunta por el dolor no enuncia el acercamiento entre el dolor y las denominadas pasiones oscuras, las pasiones no nobles. Esto se ve reflejado dentro de la historia de la filosofía, por ejemplo, en *República* de Platón (1998), cuando habla de la expulsión de los poetas, puesto que estos pueden traer una serie de pasiones no ideales para un estado perfecto, tanto en lo político, como en la individualidad de cada ciudadano. Las pasiones oscuras o no nobles, tratan sobre las fisonomías de la tristeza, porque no encaran solo el lado amable de la vida, sino que recuerdan todo aquello de lo que el hombre usualmente huye, como el sufrimiento. El poeta nos recuerda todas las pasiones, incluidas las no deseadas, porque es consciente de la necesidad de enunciar todos los espacios en los que la vida puede desplegarse, sean buenos o malos al aparecer.

En tercera dimensión, lo que contribuyó al olvido del dolor fue su positivización. El dolor —como fenómeno que se presenta de diferentes maneras en la naturaleza de los seres vivos y sintientes— fue objeto de la rápida práctica de dominio de los saberes clínicos o médicos. Se ve el dolor como el enemigo que hay que acabar o, por lo menos, anestésiar. La medicina redujo la complejidad del dolor a un simple termómetro del dolor, en el que, según su intensidad, se fundamentaron diferentes estrategias para remediarlo. Con estos métodos históricos, se ha contribuido de alguna manera considerable al olvido del dolor. Esto se ha intensificado con el mundo moderno que, en esta materia, se ha convertido en un mundo de invasión farmacéutica, en la que todo mal se busca curar con alguna intervención científica. El dolor se ha objetivado —pensado como un ente— y se ha olvidado su verdadera esencia —su ser—.

En la idea conceptual del ser para la muerte en Heidegger, puede entenderse también una relación que incluye al dolor y, junto con esto, se encuentra el término de la angustia como un dolor del alma. Bajo estas condiciones en las que se sumerge la existencia del ser humano, su vida transcurre en una línea temporal que tiene como límite la muerte, como afirma Heidegger: “Patentemente hay un parentesco fenoménico. La señal es el hecho de permanecer por lo regular indiferenciados ambos fenómenos, llamándose angustia lo que es temor y designándose como temor lo que tiene el carácter de la angustia” (1994, p. 205). En cuanto a las condiciones terrenales en las cuales los mortales conviven, ha emergido un olvido del ser del dolor y de las esencias de la existencia, en el contexto de los entes. Consecuentemente, bajo estos acontecimientos de la vida y de las condiciones de la naturaleza humana, este olvido del ser en Heidegger se aprecia a la vez como una forma del olvido del dolor. Preguntarse por el dolor en la existencia del ser humano es buscar el desvelamiento o la *aleteia* heideggeriana en relación con la verdad del dolor, ese dolor que se manifiesta de maneras enigmáticas.

Ante las diferentes cuestiones alrededor del dolor, del cual la filosofía tiene mucho por pensar y decir, antes de buscar respuestas concretas, se debe establecer la manera más adecuada para dar cuenta de dicho fenómeno. En la propuesta que se puede encontrar en la ontología de Heidegger, hay un camino hacia un lenguaje poético del dolor. Todo parte de una realidad que ha padecido el mundo entendido como tiempos de penuria, en los que las cosas esenciales se han olvidado; una sociedad de la técnica y de los entes, en la que la vida

se ha tornado hacia asuntos prácticos e inmediatos, para dejar atrás características fundamentales que componen los otros aspectos de la existencia. Al respecto, el filósofo afirma que “Lo que caracteriza el ‘ante qué’ de la angustia es que lo amenazador no es en ninguna parte. La angustia ‘no sabe’ qué es aquello ante que se angustia” (Heidegger, 1994, p. 206). Junto a lo anterior, consecuentemente hay un supuesto que es sobre la tarea del poeta, la cual se irá ampliando en la medida de los aportes que dicho lenguaje poético ofrece.

Esa historia en declive de la humanidad se entiende como una tarde que cada vez se acerca más a su noche y que se caracteriza como épocas de lejanías y ausencias, además, estas situaciones se agravan cuando se descubre que el olvido del ser sigue en aumento y la época es cada vez más precaria. Las situaciones precarias de la humanidad se entienden como un abismo en las que no existe todavía fundamento alguno. Simultáneamente, ese abismo es un suelo que espera ser tomado y dicha situación tiene que ser experimentada y soportada del mismo modo que el dolor, por eso, es necesario pensarlo e incluso vivirlo, porque parece que seguirá siendo larga su permanencia entre nosotros.

La pregunta de Martin Heidegger sobre “¿para qué poetas en tiempos de penuria?” (2010, p. 199) la toma directamente de un poema de Friedrich Hölderlin llamado *Pan y vino* (2020), junto a otro poeta como Rainer María Rilke (1947, como se citó en Heidegger, 2010), de quién cita algunas cartas. Con estas dos fuentes, Heidegger desarrolló el escrito alrededor del papel de los poetas y esta reflexión está acompañada de un análisis filosófico, en el que relaciona la tarea de la poesía con los temas fundamentales que han sido olvidados y están ocultos, como lo son la muerte y el dolor, así, la función de los poetas es que a través de sus prosas logren bajar a los abismos del olvido y desoculten para todos los otros mortales esas partes fundamentales de la vida que parece que nadie se ha atrevido a mencionar como el dolor mismo y la inminencia de que somos seres para la muerte.

El ser humano, en medio de su condición mortal, entra en contexto con las situaciones cuando logra encontrar su esencia, en el punto en que experimenta lo que no conocía o aquello que lo pone en un precipicio, al respecto, Heidegger dice que “Aquello porque se angustia la angustia es el ‘ser en el mundo’ mismo” (Heidegger, 1994, p. 207). Han sido precisamente los poetas quienes se han interesado en emprender estos caminos quizás desconocidos, que han puesto especial cuidado al rastro de las cosas esenciales y que vuelven

a tratarlas para mostrarles a todos su olvido. Esta época de declive es causada porque se han olvidado las propias condiciones de la vida y hemos permitido que asuntos tan pertinentes como la muerte, el sufrimiento e incluso el amor se nos oculten tanto que se desconozcan, por ello, resulta necesario entablar un lenguaje que permita redescubrir lo olvidado y lo ignorado. Si se abarca la cuestión del por qué de dicho olvido, las causas en términos filosóficos pueden ser muchas, sin embargo, para delimitar algunas respuestas, se hace referencia en términos Heideggerianos (1994), a que el olvido de la esencia de las cosas emerge cuando se prioriza el mundo óptico o de las apariencias, como diría el filósofo, la aparición de un mundo de la técnica.

La condición del ser humano es de aquello que es arrojado al mundo sin protección alguna y, a diferencia de los otros modos de vida como la naturaleza o los animales, el ser humano lucha día a día no con un instinto para vivir, sino con una conciencia permanente ante algo tan gigante y enigmático como la existencia misma. La especie humana ha estado condenada a convivir con el riesgo y es eso lo que nos caracteriza como lo que somos. Poetizar los asuntos de la vida es pensar en ella misma y en las realidades actuales, la poesía es una práctica meditativa con uno hacia lo otro, busca comprendernos para comprender lo de afuera y tener voluntad ante las variables de la vida porque quizás lo único constante que poseemos es la facultad de pensar. La naturaleza actúa indiferente hacia nosotros, la vida resulta una balanza que puede acontecer de una manera o de otra, es decir, que se está en permanente movimiento, por eso, la existencia es arriesgada porque podemos padecer.

La disposición afectiva manifiesta el modo "como uno está". En la angustia uno se siente "desazonado". Como ello se expresa, en primer lugar, la peculiar indeterminación del "nada y en ninguna parte" en que "el ser ahí" (Dasein) se encuentra cuando se angustia. (Heidegger, 1994, p. 208)

La vida misma está abierta a un sinnúmero de posibilidades, las cuales no imponen ni limitan nada, nuestra propia existencia es arriesgada porque podemos experimentar dolores y esto difiere de los animales, puesto que estos están simplemente ahí como por instinto, pero nosotros estamos arrojados a cualquier posibilidad, donde la más posible de todas es la muerte, en medio de intensificaciones de conciencia las cuales nos hacen pensar acerca de nuestra condición mortal y de la posibilidad del sufrimiento, si bien los animales pueden

sufrir, su grado de conciencia no equivale al mismo al que puede alcanzar el humano; dice Heidegger, “La suscitación fisiológica de angustia sólo resulta posible porque el ‘ser ahí’ se angustia en el fondo de su ser” (1994, p. 210). Ante la naturaleza, el humano reproduce ideas en las que considera que ellas hacen falta y se actúa frente al mundo, a pesar de que estas representaciones son producciones de la técnica globalizadora que reduce todo a un sujeto y a un objeto. En medio de esto, aún queda el lenguaje poético que nos recuerda nuestra naturaleza hacia lo abierto y arriesgado, y que nos grita que la vida no es una cosa lineal, sino que también tiene un rostro diferente, el cual no es contrario, sino que complementa la esencia de todo, que nos salva y que hay que tenerlo en cuenta para completarnos como humanos.

Quizás el ocultamiento más grande que tienen las épocas de penurias es la muerte, esa otra cara de la vida que parece apagada, pero que se sabe que está ahí y se presentará en cualquier momento para tocarnos de la manera más profunda e irremediable. Aquella que nos recuerda que este mundo es provisional y que, tarde o temprano, va a perecer junto a nosotros. Heidegger afirma que “Estas fundamentales posibilidades del “ser ahí”, que es en cada caso el mío, se muestran en la angustia en sí mismas, sin desfigurarse por los entes intramundanos, a que se aferra inmediata y regularmente el ‘ser ahí’” (1994 p. 211); por ello, debemos apasionarnos por encontrar esas esencias escondidas y hacerlas surgir, ya que esta será la forma en que seamos realmente libres de las apariencias, formalidades y banalidades.

En la poesía no se pretende estandarizar categorías interpretativas, sino crear su propio espacio para permitir la existencia en sí y de lo demás. Poetizar es dar cuenta de la existencia. Hacer poesía refleja la presencia de lo presente, por eso, las consciencias más abiertas y arriesgadas son los poetas. Ellos asumen el papel de experimentar los desaciertos del mundo de penuria para mostrarles a sus semejantes su mortalidad y muestran el rastro de las huellas escondidas que marcan la existencia y de las que hay que hablar. El poeta no profetiza, sino que regresa a lo esencial para evidenciar el presente del futuro.

Habitar la existencia sin dolor

En la conferencia *Construir, habitar, pensar* (1994) se pueden encontrar más referencias sobre el asunto del dolor. En este escrito, Heidegger reflexiona acerca de la forma en que el ser humano debe habitar la tierra durante su transcurso por ella, o sea, la forma de vivir. Afirma que “la auténtica penuria del habitar descansa en el hecho de que los mortales

primero tienen que volver a buscar la esencia del habitar, de que tienen que aprender primero a habitar” (Heidegger, 1994, p. 137). El punto de partida es buscar construir en esas partes donde las cosas son en su ser, lo que significa que para llegar a habitar primero se debe construir. Cuando se alcanza la relación armónica entre construir y habitar, se desvela la esencia de varios factores existenciales, entre ellos, el asunto de la esencia de la vida, la cual debe transcurrir alejada del dolor. Continúa el filósofo alemán:

El dolor, del que primero hay que hacer la experiencia y cuyo desgarrar hay que sostener hasta el final, es la comprensión y el saber de que la ausencia de penuria es la suprema y la más oculta de las penurias, que empieza a apremiar desde la más lejana de las lejanías. (Heidegger, 1994, p. 81)

No cualquier lugar representa un espacio auténtico en el cual se pueda habitar. En muchas construcciones pasa constantemente el ser humano, pero no habita en esencia ahí, lo que quiere decir que más allá de una construcción física, esos lugares que se habitan hacen referencia más bien a la manera cómo se habita y esas maneras están relacionadas con la consciencia de cómo se está viviendo. La vida que se medita o todo aquel que piensa su forma de vivir está buscando, a la vez, establecer o recuperar las relaciones esenciales de la existencia, o sea, se reflexiona sobre cómo se vive, pues “Ni siquiera el inmenso dolor que pasa por la tierra es capaz de despertar de un modo inmediato cambio alguno, porque se lo experiencia sólo como dolor, y éste de un modo pasivo” (Heidegger, 1994, p. 88).

Las maneras en la que las personas habitan determinan su forma de ser en la tierra. Esto quiere decir que el ser humano llega a forjar lo que es, en gran parte, por la forma en que transcurre su habitar en el mundo. Aquellas formas de habitar la vida no son de cualquier modo, sino que se identifican como formas auténticas de vida porque cuidan la existencia misma, lo que corresponde a que para recobrar las relaciones esenciales de la vida es necesario que la forma en que se habita sea cuidando las cosas o lo que Heidegger define como la cuaternidad, en la que se abarcan todos los morales, la tierra, el cielo y los divinos, pues hay que “cuidar la Cuaternidad, salvar la tierra, recibir el cielo, estar a la espera de los divinos, guiar a los mortales, este cuádruple cuidar es la esencia simple del habitar” (Heidegger, 1994, p. 134)

Además de que el habitar de la persona debe ser cuidándose a sí mismo, cuidando a todo lo otro, específicamente, a la cuaternidad que está compuesta por la misma comunidad de seres humanos, por la tierra que es el lugar donde se reside, por el cielo que es donde están los divinos y esos divinos o celestiales también. Cuidar las cosas es también salvarla de todo aquello que pueda ser peligroso o dañino. Cuando se encuentra la esencia de la vida, se reconoce la condición de mortales, esto es, ser capaces de la muerte, reconocer la muerte para que sea una buena muerte. No en un sentido oscuro, sino más bien que se hace referencia a recordar nuestra condición o naturaleza, para buscar un buen vivir. Como lo recuerda Heidegger:

Pero: ¿en qué consiste la esencia del habitar? Escuchemos una vez más la exhortación del lenguaje: el antiguo sajón «wuon» y el gótico «wunian» significan~ al igual que la antigua palabra bauen, el permanecer, el residir. Pero la palabra gótica «wuniam» dice de un modo más claro cómo se experimenta este permanecer. «Wunian» significa: estar satisfecho (en paz); llevado a la paz, permanecer en ella. (1994, p. 127)

Historia cultural del dolor: un análisis genealógico

Existe una historia cultural del dolor, la cual ha valorado, a través de los tiempos, la voz del testimonio que ha padecido el dolor, por ejemplo, los testimonios de las grandes guerras de la historia, y todas las secuelas en todos los aspectos que puede dejar la violencia. Esta historia cultural, ha narrado al dolor de acuerdo con el contexto de cada campo. La historia logró valorar el testimonio directo de las experiencias dolorosas que acontecieron. Siendo así, el tema del dolor puede comenzar a relatarse desde la cuestión por ese testimonio directo que ha encarado de frente al dolor. Pensar en los testimonios del dolor puede ser un primer camino para pensar de manera filosófica este fenómeno. El relato de los dolientes es una condición de posibilidad para una filosofía del dolor.

El dolor, como fenómeno en toda su complejidad, no se puede reducir meramente a una serie de variaciones, representaciones o determinaciones culturales, como bien lo ha tenido en cuenta la historia y la antropología. Si bien ese aporte histórico hacia el dolor es importante en la medida en que no ha permitido que la voz de los testimonios sea olvidada en el tiempo, aquí es donde puede aparecer la filosofía y sugerir que al dolor le hacen falta más preguntas y una reflexión un poco más profunda. La filosofía nos puede decir que todo

lo relacionado con el sufrimiento que sea objeto de pensamiento, puede ser una trama de significados esenciales o de determinaciones esenciales del dolor porque todo aquel que existe puede sufrir.

La filosofía puede abarcar el dolor como un tema de índole existencial, o sea, busca una ontología del dolor. Específicamente lo perteneciente a la conciencia del dolor, que es propio de la naturaleza de la filosofía, o sea, las formas en como el ser humano como ser racional puede ser consciente de la naturaleza del dolor. A diferencia de la historia que toma los testimonios, la historia no se pregunta por ese dolor. Otra rama del conocimiento como la antropología, determina solamente las manifestaciones culturales en que la gente enfrente el dolor, eso se evidencia en las formas como cada comunidad han asumido el dolor. Ambas, historia y antropología, no pueden ir más allá de las preguntas que la filosofía sí puede hacerse acerca del dolor como fenómeno y condición existencial. La filosofía debe preguntarse el porqué del dolor, este es el tema del cual se versa en el presente ejercicio de reflexión y de comprensión.

Para una interpretación filosófica íntegra sobre el dolor es pertinente hacer un rastreo a través de su historia cultural. Para ello, se revisará un libro fundamental en el área como lo es *Historia cultural del dolor* del autor Javier Moscoso (2011). En dicho texto se reúnen los conceptos de historia, cultura y dolor en una especie de tríptico que representa un proceso genealógico del dolor relacionado, necesariamente, con la historia y a las culturas, que han sido sus protagonistas. En medio de la variedad de interpretaciones del dolor, la historia compone quizás uno de los factores más importantes a mirar, puesto que ha sido por medio de ella que la humanidad se ha desarrollado junto a este transcurso; claro está que la cultura también es otra realidad inherente en las maneras de cómo se ha concebido el dolor.

En un primer indicio respecto al dolor, parece que la cultura no se ha encargado directamente de justificar el dolor de forma filosófica, pero sí ha construido una historia alrededor de este. Por eso es necesario asumir una especie de responsabilidad al momento de escribir dicha historia porque el filósofo de la historia que se desentienda de las pasiones o emociones humanas no podrá dar testimonio fiel y completo de los fenómenos. La historia como la revisión de antecedentes, enseña cómo cada comunidad y época ha asumido el dolor, esto es, hacer una genealogía cultural del dolor, la cual es diferente de una *fenomenología de*

la experiencia (Acevedo, 2006) puesto que, la primera implica acontecimientos meramente, la fenomenología necesita además las interpretaciones subjetivas en cómo se asumieron las experiencias dolorosas.

La historia de la experiencia dolorosa abarca todo aquello que pertenece a cada uno y a los demás de forma subjetiva y colectiva, esta vivencia se desarrolla conforme a los lugares que se comparten junto con sus prácticas tradicionales. Bajo esta condición, una de las manifestaciones características del dolor es la del drama secuencial, el cual parte del padecimiento de alguna ruptura, pues quien lo padece se sumerge en una frontera indeterminada hasta que no para el agobio. Así, el dolor tiene una naturaleza de transitoriedad, la cual terminará en cualquier momento en un agravamiento o en un arreglo.

Las primeras observaciones sobre el dolor

Siguiendo los rastros de la historia cultural del dolor, una primera huella del dolor es la de sus representaciones a través del arte, del lenguaje, etcétera, por ejemplo, las diversas maneras en que el dolor se ha expresado, puesto que las expresiones han sido la manera más usual de conocer algunos estados humanos, sin embargo, también se debe tener en cuenta que dichas apreciaciones están ubicadas en las tradiciones culturales a las que pertenecen. Un caso ejemplar se da desde el plano religioso, como en la época medieval, cuando algunos creyentes manifestaban su fe por medio de una serie de castigos carnales. Esto representa uno de los tantos escenarios del teatro de la crueldad, entendido como una serie de relatos conformados con pedazos de diferentes sentires relacionados con la fe, la compasión, la solidaridad, el horror, la tristeza o el miedo.

Otro plano del dolor es su aspecto imitativo, el cual se desliga del plano de la sensación empírica y se relaciona más a otras condiciones como la tristeza, barbarie, aflicción, suplicio, temor o la severidad. Aquí la experiencia doliente deja de ser clara y se torna extraña, puesto que no hay una evidencia inmediata del padecimiento y lo mundano pareciera tomar otro plano. Retornando al tema religioso, se encuentran muchos casos en los que los castigos carnales representan la fe, la cual refleja, a la vez, una serie de acciones imitativas que replican actos vistos en libros sagrados o cultos colectivos que buscan el dolor y lo reinterpretan como los sufrimientos de las deidades o de los santos. He aquí, quizás, un

sentido alegórico del fragmento de San Mateo en la *Biblia*: “dichosos los que sufren, porque serán consolados” (Reina Valera, 2016, 5:4).

En medio de la experiencia lesiva surge otra serie de fenómenos como, por ejemplo, la simpatía, puesto que en la naturaleza inmediata del dolor hay drama, a veces no solo sufre la víctima directa, sino también sus espectadores, esto es lo que se denomina un acto de solidaridad y comprensión. Esta perspectiva de la simpatía no es algo irrelevante, sino todo lo contrario, es cómo el lado filantrópico del humano adquiere sentido cuando se interesa por el daño del otro. Esta simpatía hacia el doliente se puede percibir desde la literatura, el arte, la medicina, la ciencia, la estética y la moral porque, dentro de la inmensidad de aspectos del género humano, los elementos afectivos también configuran una parte fundamental de la vida.

En la antigüedad, se hizo una diferencia entre el animal social y el animal racional que era el ser humano; después, en la época moderna, surge la distinción de aquel que sufre y aquel que mira. Respecto a esto, pensadores como Rousseau (2016) y Hume (1992) concibieron, respectivamente, la idea de la compasión como un instinto y la idea del amor hacia los otros como algo inherente ante el sufrimiento de los otros. No mucho después, con algunas apreciaciones sobre la vida animal, algunos sectores de la ciencia expusieron la idea de la simpatía en algunos animales.

Perspectivas modernas sobre el dolor

A partir del siglo dieciséis una serie de investigadores, entre trabajadores de la salud e intelectuales, dieron las bases a la idea de una sensibilidad pública frente al dolor, como es el caso de Cesare Beccaria (2015), quien, en una de sus obras, argumenta el placer y el dolor en los seres sensibles son las fuerzas motrices. Esas ideas acerca de la sensibilidad pública, pudieron tener alguna incidencia en los cambios jurídicos que surgieron en algunas sociedades del siglo dieciocho. Un caso emblemático fue en el mandato de Federico II en Prusia, en el que hubo una significativa y progresiva reducción de la violencia física en los casos de maltrato animal, juicios militares, castigos a esclavos, trato de maniáticos, penas a delincuentes, etcétera, lo anterior en el marco de su nuevo mandato en una Prusia que proyectaba más moderna, donde fomentó mejoras para la vida social por medio de incentivos a la agricultura, economía, administración, cultura, música, educación, entre otros aspectos.

Las diferentes sociedades han sido conscientes de la realidad del dolor, por ejemplo, reflejada desde los desastres de las guerras y ante un panorama moderno e ilustrado de la humanidad y, por eso, se fueron consolidando otras formas de abarcar las cuestiones del dolor, ya no solamente humano, sino también animal. La denominada *política de la piedad* es un producto de estos procesos de compasión hacia los dolientes del mundo, a los cuales se les comenzó a comprender sin discriminación alguna, viéndolos como las víctimas lesivas producto de enfermedades, pandemias, desastres naturales, violencia, guerras, entre otras.

En los últimos siglos, debido a las grandes transformaciones sociales y en medio de la idea de un progreso inminente de la humanidad en todos sus aspectos, las teorías sobre el dolor también se incrementaron. En estos tiempos, se puede apreciar un tipo de adecuación al dolor desde diferentes ramas del conocimiento, específicamente, desde la ciencia y la medicina. Además, en ese frenético avance social también fueron emergiendo sucesos no tan favorables para la conservación de la vida, fenómenos como las guerras mundiales, la contaminación de la naturaleza y la extinción de las especies, los cuales son factores que aportan a que estos últimos siglos sean, quizás, de los más dolorosos.

Dentro de la época contemporánea de la filosofía, se encuentra una gama de filósofos bastante interesantes, a los cuales se les denominó los *filósofos de la sospecha*, estos son Marx, Nietzsche y Freud; en los cuales se percibe un acercamiento al dolor desde diferentes lugares de enunciación. Los tres comparten la idea del dolor entendido como aquel daño que contamina la esencia del ser humano, ya se hable respectivamente del dolor de la explotación por parte de la burguesía, de la falsa moral de la sociedad o de los traumas inconscientes de las personas. Sin embargo, aún en pleno siglo diecinueve, no hubo una filosofía del dolor lo suficientemente desarrollada.

A pesar de algunas pequeñas coincidencias en unas teorías filosóficas, el pensamiento sobre el dolor en los últimos siglos no tuvo su fuerte en la filosofía. El dolor se trató, más que todo, desde las indagaciones cognitivas y se puso como objeto de estudio científico o médico. Por ello, el surgimiento de la anestesia química como respuesta al sufrimiento físico, también se consolida la medicina clínica que intenta estructurar y determinar las experiencias lesivas de las personas. A pesar de esto, siguió existiendo un vacío considerable en la reflexión filosófica sobre el dolor.

Ante los diferentes acercamientos a la comprensión del dolor, resulta al mismo tiempo, como efecto, una serie de cambios en las formas de observar el dolor como un teatro, pues la entrada de la contemporaneidad se caracterizó por ser una época indiferente hacia el dolor, una causa fue por ejemplo, la deshumanización que se padeció con las guerras mundiales. Atrás quedó el trabajo de algunos médicos que creían saber sobre la experiencia del dolor y, por eso, callaban a los enfermos. También quedó atrás el surgimiento de la historia clínica que intentó estandarizar el dolor. La fisiología que trató de mediar el dolor por medio de tratamientos. Después, se buscó hacer una geografía del dolor, como también una cartografía de la sensación, con las que se buscó medir los grados del dolor, como si existiera una especie de termómetro de las pasiones. Al estudiar todos esos esfuerzos, se aprecia una falta importante de reflexión filosófica sobre el fenómeno. Aunque algunos poetas estuvieron ocultos, hablando al respecto:

Ciudadanos: he venido a hablaros de vuestro enemigo, del enemigo eterno del género humano, de un tirano que golpea con la misma crueldad a la infancia y a la vejez, al débil y al fuerte, que no respeta ni los talentos ni los rangos, que jamás se detiene ni ante el sexo ni ante la edad; que no tiene amigos a los que perdonar ni esclavos a los que favorecer; que aflige a sus víctimas delante de sus amigos, en el seno de sus placeres; que no teme el resplandor del día más que el silencio de la noche; contra quien la anticipación es vana y la defensa tanto menos segura cuanto que parece armarse contra nosotros con todas las fuerzas de su naturaleza. (Petit, 1799, p. 75, citado por Moscoso, 2011, p. 127)

En los últimos dos siglos, después de los ya mencionados intentos de interpretar el dolor, la cultura comenzó a percibir el dolor como algo que se debe conquistar. El dolor se comenzó a naturalizar al aspecto humano, incluso también como necesario, como una especie de carga que se debía asumir por estar vivos, ya fuera de manera religiosa, espiritual, fuerza física, entre otras posibilidades. Respecto a lo anterior, se puede decir que “La historia del dolor no puede escribirse sin tomar en consideración el valor que se confiere al testimonio directo, así como las variaciones culturales de las que depende su aceptación o su rechazo” (Moscoso, 2011, p. 179).

En los estudios contemporáneos alrededor del dolor, se da una connotación subjetiva a quien experimenta el sufrimiento, por eso, en términos individuales, esas sensaciones dolorosas dependen también de quien las siente, incluso, la susceptibilidad presenta variables

en las formas de dramas de acuerdo con la raza o condición social de la persona. Además, desde los estudios médicos y de la cirugía, se dijo que como humanos presentamos dos tipos de sensibilidad, la primera, refleja la sensación física directa y, la segunda, indica la conciencia que se tiene sobre esta primera sensación. Así también, desde campos como la fisiología, se concluyó que los nervios pueden desarrollarse independientemente del cerebro, entonces las sensaciones físicas de la vida estarían repartidas por todo el cuerpo, junto a la conciencia que se tienen sobre las sensaciones como el dolor.

En esta historia cultural del dolor, se presenta una narratividad que, en la mayoría de los momentos, se remite a los hechos físicos. Las relaciones que surgen en cuanto al dolor son —con el conocimiento, la salvación y la verdad— formas que se han utilizado a lo largo de las generaciones para hacer interpretaciones alrededor de este fenómeno. Vuelve a aparecer lo mismo, parece insuficiente aquellos intentos interpretativos, precisamente, porque hace falta un pensamiento filosófico sobre el dolor. Remontándonos nuevamente a la filosofía moderna, se ve un breve acercamiento al tema, por ejemplo, en la corriente empírica se puede deducir —de forma indirecta— alguna relación con el dolor. El filósofo Berkeley (1992) expone que las cosas de afuera y las de adentro del ser humano están, necesariamente, ligadas a las capacidades perceptuales.

Se puede entender, según el encauzamiento anterior, que las experiencias dolorosas son fenómenos que se presentan de manera certera y verdadera en lo perceptual, así esta sea una manifestación subjetiva por parte del doliente o de sus espectadores. Aun así, se presentan también situaciones contrarias en las que el dolor no se torna significativo, por ejemplo, pensar en el sufrimiento de los santos, quienes lo pasan por desapercibido o incluso lo interpretan como una ofrenda. Adicionalmente, cuando se ignora el dolor por servidumbre o por obediencia; cuando hay indiferencia entre el doliente y el espectador; o cuando el sufrimiento es masoquista y desea someterse. En estos casos, se presenta una falta de referencia entre el fenómeno del dolor y la conciencia sobre este.

Una característica esencial del dolor, y de la cual las diferentes culturas han sido conscientes, es la de la reiteración del dolor, representado, específicamente, en su forma dramatizada, que resulta casi como una referencia al inframundo, entendido como un lugar al que se entra, pero no se puede salir. En esa reiteración dolorosa, el doctor Jean Pierre Falret

(2016) dijo que el humano prefiere soportar con más resignación el dolor físico que el sufrimiento moral. Para explicarlo, Falret expuso casos de pacientes que se había suicidado, no por causas físicas insoportables, sino por temas morales.

Lo que llevó a las personas a querer desaparecer de la existencia no fue, precisamente, un cansancio de la vida misma, sino más bien un dolor moral que agobia la naturaleza y desordena la voluntad humana. Ante esta situación, resultan interesantes los diferentes intentos por parte de la práctica médica para controlar dichos casos, por eso, la aparición numerosa de unidades especializadas en cuidados de la salud tanto física como mental. El dolor se ha interpretado, asimismo, por medio de instrumentos como la anestesia, sociedades como las ramas de la medicina e instituciones propias como las clínicas. Si bien existe una serie de registros sobre el dolor y las formas en que la historia lo ha enunciado, este apartado se limita a mencionarlos a manera de una cronología de la historia cultural del dolor, ampliando así esa riquísima gama de pensamientos acerca del dolor, porque, al fin y al cabo, dicha cronología define el dolor pero desde lo clínico, ya sea dolor físico o de ámbito psiquiátrico. Todo esto, sirviendo como antecedentes de la comprensión del dolor.

Parece que la humanidad siempre ha estado expuesta al dolor, ya sea porque es un fenómeno inminente en la vida o porque puede infringirse físicamente, sea cual sea la causa del dolor, la filosofía debe pensar dicha manifestación; en el fondo poco había habido una preocupación filosófica por tratar el dolor. Quizás la guerra sea uno de los escenarios en los que los humanos son obligados a pensar el dolor, de esa forma más profunda que exige. Por ejemplo, para cirujanos militares como es el caso de William Livingston (como se citó en Moscoso, 2011), quien, gracias a su experiencia con heridos de combate, argumentó que el dolor refleja una experiencia sensorial personal y, por lo tanto, quien la padece es el único que la puede describir tal cual. Si se revisa la historia, desde las guerras del Imperio Romano hasta los puestos de campaña de la Segunda Guerra Mundial, se evidencia que la apreciación del dolor se muestra con más auge en la confrontación bélica.

En la experiencia de la guerra, que se caracteriza por ser dramática, su final no representa, directamente, algún tipo de acuerdo bilateral, sino, más en el fondo, una experiencia significativa que demuestra la necesidad de una formación de memoria conjunta desde las ruinas y desastres de los hechos lamentables. En cuanto al dolor en la guerra, desde

la filosofía se pueden mencionar tanto la teoría crítica contemporánea, como la filosofía política, la primera ha tratado la cuestión de la memoria histórica por medio de reflexiones, por ejemplo, sobre genocidios. Y el segundo planteamiento se ha preocupado en analizar el dolor como resultado de la libertad del ser humano y de sus luchas por organizarse en sociedad, sin agredirse los unos a los otros.

En el rastreo de una historia cultural del dolor, se infiere que dichas narraciones se hacen para quienes pueden sufrir, es decir, los que están aquí y ahora. El momento actual es el idóneo para pensar las varias expresiones dolorosas que han acontecido. La historia se hila desde el presente. Y, en cuanto al dolor, este se debe filosofar como tarea intelectual, ética e incluso política, para que se permita así aportar a la construcción de una mejor comprensión de esta vida, sin olvidar el pasado y partiendo de la realidad actual.

Segunda parte

Marco teórico y estado del arte

Personajes conceptuales del dolor en la literatura

Dentro de la literatura, se pueden rastrear algunas huellas que han tratado el tema sobre el dolor, esta rama del conocimiento ha aportado desde tiempos atrás una fiel lectura en diferentes temas pertenecientes al ámbito del ser humano. El tema sobre el sufrimiento suele exponerse como una especie de factor repetitivo dentro de este tipo de narrativas, las cuales reflejan, a la vez, los asuntos fundamentales que ha tratado el ser humano a lo largo de su existencia.

Junto con estas tres grandes historias de la literatura universal clásica, se busca encontrar una serie de rastros que evidencien las maneras en cómo los dolientes afrontan su agonía. Un rastro de estos es una huella marcada que suele estar oculta como referencia Heidegger (1994) y las cuales se deben desocultar para comprender mejor la esencia de las cosas fundamentales de nuestra existencia. Este rastro es un tipo de registro de las interpretaciones dolorosas, dichos registros se encuentran en estos relatos históricos de la literatura, y que a la vez, dan cuenta de la necesidad de desocultar el dolor y mencionarlo como algo esencial a nuestra naturaleza.

Es pertinente revisar, por medio de una serie de figuras, aquellas narraciones literarias y los modos en que se han entendido los pesares en el mundo, desde uno de los últimos grandes narradores rusos, el cual es León Tolstoi y su obra *La muerte de Iván Ilich* (2014), en ese escrito se puede encontrar un personaje conceptual del dolor el caso de Iván Ilich, el cual se revisará a continuación. Antes de continuar, es pertinente aclarar que, el término de *personajes conceptuales* es tratado por Deleuze (1993) quien hace referencia a personajes creados por filósofos, -o en este caso se pueden relacionar también con los literatos- para transmitir ideas, casi a manera de instrumentalización, así esta figura puede servir además para manifestar ideas, también para articularlas, y afirma el autor que:

Los personajes conceptuales tienen este papel, manifestar los territorios, desterritorializaciones y reterritorializaciones absolutas del pensamiento. Los personajes conceptuales son unos pensadores, únicamente unos pensadores, y sus rasgos personalísticos

se unen estrechamente con los rasgos diagramáticos del pensamiento y con los rasgos intensivos de los conceptos. (Deleuze, 1993)

Después de pasar por un primer momento del escrito, donde se mencionó el aspecto introductorio y también filosófico de la propuesta, ahora en la presente sección se introducen los elementos literarios que buscan servir a una mejor comprensión del dolor, esto por medio de las figuras de los *personajes conceptuales*, en el sentido de la relación entre filosofía y literatura. Aquí aparecen *Iván Ilich*, *Prometeo* y *Job* quienes comparten una especial experiencia con el dolor, cada uno a su manera, y no solo un dolor como el clínico que nos da la historia cultural del dolor a través de su cronología, sino que se comienza a resaltar ese dolor que genera la existencia y de la cual Heidegger (1994) hace mención.

Primer rastro: el dolor como encuentro de la angustia

En *La muerte de Iván Ilich* se encuentra un rastro conceptual de las maneras en que se expresa y analiza el dolor. Se entiende como aquella serie de sufrimientos que pueden ser incurables, representados en el personaje de Iván, un hombre fiel en muchos aspectos de la vida; que se ha construido a través del trabajo, siempre con orgullo; y que refleja esos modos de vida caracterizados por la lucha por sobrevivir en una sociedad y de destacarse en ella, de buscar la tranquilidad y estabilidad en medio de un mundo lleno de carencias.



Figura 3. Pintura *El convaleciente*

Fuente: Duran (1869).

Si bien no hay una pintura que haya sido creada específicamente hacia el texto de Tolstoi (2014), con la de *El convaleciente* (Duran, 1869) se puede hacer una relación especial. El concepto de *convaleciente* hace referencia, inicialmente, a aquel que se está recuperando de alguna enfermedad grave, como bien se aprecia en la imagen, el hombre está postrado encima de su sillón y recostado en una almohada, y representa el cansancio que deja un estado de agravamiento.

Otra pintura que se puede relacionar con el tema del dolor es la de *Cristo como varón de dolores: la pasión pequeña en cobre* que hace parte de una serie del artista Alberto Durero (1507) y referencia el ámbito del sufrimiento desde la religión.



Figura 4. Pintura *Cristo como varón de dolores: la pasión pequeña en cobre*

Fuente: Dürero (1507).

La relación con la historia de Iván Ilich es que su padecimiento no solo parte de un mal estado físico, sino también que existe una especie de enfermedad aún más preocupante, la cual no pertenece al plano corporal ni religioso. Ilich es el convaleciente por excelencia, el más grave de todos, porque sufre tanto desde lo físico como desde lo espiritual. Es un dolor en un costado acompañado de un mal sabor de boca, más la angustia que genera la vida misma y su fin, que es la muerte, la cual todos no conocemos a fondo. Iván Ilich, al principio, es presentado como el más prudente entre tres hermanos, además, heredero de una familia burguesa porque su padre se logró posicionar entre los jueces destacados de los entes

gubernamentales. Ilich es el punto medio entre lo simple y la imprudencia de sus otros dos hermanos, él representa la templanza.

Nuestro protagonista sigue las mismas sendas de su señor padre, se puede dudar si realmente lo hizo por gusto y decisión propia; o, por el contrario, fue una presión social, familiar o personal para que siguiera esa trayectoria burguesa de un juez del Estado. Ilich logra posicionarse por un buen camino en su profesión, al igual que su padre, su esfuerzo en el trabajo le da una vida buena, pero también las diferentes obligaciones hacen que este juez busque escalar cada vez más en esos altos puestos de los salones de la justicia. Entre varios triunfos, también aparecen algunas desdichas en su trabajo; así como sucede en la vida cotidiana cuando no todo lo que se quiere se puede lograr o, al menos, no cuando uno lo desea, así sea justo o se trabaje con esmero por ello.

En esa vida de triunfos y algunos desaciertos, basada en el esfuerzo para tener estabilidad, con las obligaciones que conlleva una familia, el refuerzo de las amistades, un trabajo bueno y posición social, le resulta una inusual incomodidad aparentemente física acompañada de un mal aliento. Al principio, el protagonista cree que es normal, después de un golpe por subirse a una escalera, pero con el factor tiempo, permanencia y aumento del dolor, dichos fenómenos ya resultan sospechosos e insostenibles. Para colmo de los males, a ese raro dolor, le acompaña la intranquilidad por el mal humor causado por discusiones con su esposa. La anterior vida tranquila y satisfactoria estaba quedando muy atrás.

Praskovya Fyodorovna, la esposa de Iván, después de una vida amena, con sus hijos y el amor del matrimonio, también presiente el cambio de ambiente en su vida marital, de hecho, para ella todo se ha convertido tan turbio que, si antes deseaba todo lo bueno para su marido, ahora piensa todo lo contrario. Si no fuese por ese ingreso económico proveniente de Ilich, el cual es fundamental tanto para ella, como para sus hijos y la casa misma, ella misma desearía la muerte para su señor esposo. Así de turbia y oscura terminó la vida de Iván, un gran burgués de esos que trabajan para mantener esa sociedad elitista y quien, en el fondo, aún no comprendía muy bien la razón de sus males, después de su gran esmero por preservar unas condiciones favorables para la vida buena. Tolstoi nos cuenta que:

Ocurrió, en el transcurso del tercer mes de la enfermedad de Iván Ilich —no podría decirse cómo, porque ello se formaba, invisiblemente, paso a paso— ocurrió que su mujer, y su hija,

y los criados, y los médicos, y sobre todo él mismo, supieron que el interés que él inspiraba a los demás se reducía a saber si pronto dejaría vacante su plaza, si desembarazaría pronto a los vivos del fastidio que causaba su presencia, y si él se vería pronto libre de sus sufrimientos. (2014, p. 63)

En cierta ocasión, en cualquier otro día de los comunes, después de una larga y agotante jornada de trabajo, Iván llega a su hogar y encuentra de visita al hermano de su esposa, quien sorprendido le hace saber que tiene un aspecto muy diferente al de antes. Preocupado, mirándose al espejo, compara su expresión presente con una foto vieja junta a su señora, ahora, ese dolor físico se convierte también en una preocupación más grande. Aparte de la incomodidad del costado de su cuerpo y el mal aliento, también hay un rostro por el cual preocuparse. Entre paredes, el protagonista alcanza a escuchar que su cuñado ve su aspecto igual a la de un cadáver, “claramente lo notó, que nada de aquello era lo que debía ser, que todo resultaba horrible, una mentira enorme, que velaba vida y muerte. Tal sensación decuplaba sus fuerzas físicas” (Tolstoi, 2014, p. 92).

Ante la doble angustia, por un lado, el dolor físico y, por otro, la preocupación, el protagonista decide por fin acudir a un especialista de la salud. El médico da un dictamen esperanzador y manifiesta que, probablemente, la causa de sus males sean dos fuentes que pueden solucionarse. Ante esto, Iván queda tranquilo momentáneamente y regresa a casa casi contento para iniciar con su tratamiento, el cual iba a colocar fin a sus males. Después de varios días de tratamiento, incluso visitas a diferentes médicos, esa paz parcial desaparece y la preocupación es más enorme que antes, el dolor no solo es físico, sino también mental. Continúa la historia:

¡El riñón flotante! —se dijo—. Pero no se trata de ciego, ni de riñón; se trata de la vida... y de la muerte. ¡Sí, hay una vida, y he aquí que se va y que no la puedo detener! Sí. ¿Por qué me engaño? ¿Acaso no es evidente para todo el mundo, excepto para mí, que yo me muero? Ya no se trata sino del número de semanas, de días... quizá sea un momento... ¡Aquello era la luz, ahora llegan las tinieblas! ¡Antes estuve aquí, ahora voy allá abajo! ¿Adónde? (Tolstoi, 2014, p. 53)

Ilich trata de buscar la respuesta a su dolor por otros lados diferentes, pero no es capaz de entender todo lo que implica su propia mortalidad. Ahora le preocupa casi todo, pero, en especial, ese gran monstruo que le pone fin a todo, llamado muerte. En medio de su vida

cómoda y de sus ocupaciones, no había tenido espacio para reflexionar acerca de la muerte de los humanos, la cual les llega a todos y en cualquier momento. Él sabe que todos mueren, pero aún no le cabe en su cabeza que él, al igual que todos, hacen parte de esa mortalidad o, por lo menos, cree que aún no debería estar preocupándose por morir, si es aún joven, trabajador y con una familia ya constituida; que le pase a cualquier menos a él.

Iván Ilich se veía morir, y le invadía continua angustia. En el fondo de su alma sabía que debía sucumbir; y no sólo no estaba acostumbrado a aquella idea, sino que no la comprendía, ni la podía de ningún modo comprender. (Tolstoi, 2014, p. 57)

Siente la necesidad de regresar al pasado para recordarse a sí mismo desde su infancia hasta el presente, buscar esa comprensión de su estado paupérrimo de ahora. Se da cuenta de algo que no había pensado, se sorprende asimismo por esa juventud individual que vivió. Pero, aquella vida, hasta hace poco, le había permitido vivir de lujo, sin estar preocupado por cuestiones trascendentales como la muerte. En un momento, extraña regresar a esa posición, en la que la muerte estaba silenciada, ocultada, casi inadvertida, esa misma muerte que le pareció ver directamente a los ojos detrás de un florero de su casa.

En términos prácticos, Iván está casi muerto en vida, es consciente de que ni las inyecciones le ayudan para el alivio de sus males. Los alimentos preparados especialmente para su dieta actual tampoco le resultan a su gusto, ya nada le sabe bien ni le parece bien. En una ocasión diferente, el doliente siente una extraña tranquilidad a pesar de sus decadencias físicas, pues ve en Gerasim, uno de sus ayudantes, todo lo contrario a él. Este servidor es joven, goza de salud y tiene toda la vida por delante, eso no le provoca envidia a Ilich, sino que le llama bastante la atención, quizás anhela de la mejor manera o recuerda esos años atrás en los que él gozaba de lo mismo o hasta mucho más.

Cada despertar en las mañanas le sigue recordando de su ciclo sin fin de dolencias y la única certeza que tiene es la de su muerte en cualquier momento. La compañía de sus allegados se siente más lejana todos los días, su esposa ahora no está a gusto con él y sus hijos presentan desinterés, la familia lejana o amigos en tiempos malos ya no se acercan, quizás por lástima o vergüenza y sus únicos acompañantes terminan siendo los trabajadores de la casa. En cierta ocasión, Peter, otro ayudante, es solicitado por Iván para que le suministre esos medicamentos que él cree que no han servido para nada, más bien son un

efecto placebo, pero estar, al menos, con la compañía de sus servidores le resultaba algo reconfortante porque estar solo le causaba terror.

El mayor sufrimiento de Iván Ilich era la mentira, aquella mentira adoptada por todos los demás, de que él no estaba enfermo, que no se moría, que le bastaba estar tranquilo y cuidarse para en seguida ponerse bien. Pero él estaba seguro de que, se hiciera lo que se hiciese, el resultado siempre serían horribles sufrimientos y la muerte. (Tolstoi, 2014, p. 66)

En una pequeña siesta, el protagonista tuvo el terrible sueño de ser empujado hacia el fondo oscuro de un gran saco negro, sintió un horrible sentimiento de miedo, angustia y sufrimiento; desde el lado físico, mental y hasta en los sueños, Iván se sentía más y más ansioso con su vida y padecimientos. Poco después, cuando Ilich está solo en su cuarto sin ningún sirviente cerca, rompe en llanto y entra en un episodio de desesperación. Le cuestiona, en términos fuertes, a Dios el porqué de todos sus males, rompe en llanto y, cuando logra calmarse, busca alguna voz interior que le pueda dar alguna explicación.

Fuese mañana o tarde, viernes o domingo, siempre la misma cosa: siempre el mismo execrable dolor roedor, la conciencia de una vida que se va, pero que aún no ha partido enteramente; la aproximación de aquella muerte horrible, odiosa, única realidad en medio de la mentira incesante. (Tolstoi, 2014, p. 69)

En repetidas ocasiones, desea recuperar aquellos años de tranquilidad y prosperidad, pero, a veces recordando bonitos momentos, se da cuenta de que realmente su vida ha tenido situaciones escasas de placer, parece que los momentos más gratos fueron los de la infancia, junto con su querida madre y la inocencia que lo acompañaba. Iván se cuestiona por la falta de su bondad en la vida hacia las personas y la vida misma, mientras que pasó la mayor parte de su tiempo preocupado por ascender en su trabajo y mantener una buena imagen y estabilidad social, mientras que la esencia de su vida se estaba ocultando lenta, pero drásticamente.

En sus últimos días de leve lucidez, en medio del desespero, Iván ya queda totalmente postrado en su sofá que, a veces, lo ve como el lecho de muerte y, otras veces, conserva la esperanza de que su organismo responda y comience a recuperarse de la mejor manera. La mayoría de las veces, la esperanza es menor en comparación a la incertidumbre de la muerte. En el medio de una gran ciudad, de una fama como juez, con amigos importantes y muchos

conocidos, el doliente se siente realmente solo, ese vacío gigante de soledad se vuelve más profundo; se siente sin ninguna compañía que le pueda consolar en su hondo dolor.

Trataba de encontrar las direcciones anteriores de sus ideas, que le impedían pensar en la muerte. Mas, cosa extraña, todo lo que antes velaba, disimulaba o destruía la conciencia de la muerte, entonces no tenía ya ningún influjo. La mayor parte de aquel tiempo, para Iván Ilich pasaba en aquellos intentos de restablecer la marcha de los sentimientos que alejaban la idea de la muerte. (Tolstoi, 2014, p. 58)

Semana tras semana, la condición física de Iván es más deficiente, parece que su único deseo es que lo dejen morir en paz. La tortura del dolor físico es tratada con los medicamentos, inclusive el doctor confiesa que el caso de su paciente es tan extraño que lo único que puede ofrecerle es anestesiarle sus dolencias. Los pensamientos dolorosos sobre la existencia son los que realmente están afectando más a Ilich, lo llevan a cuestionarse así mismo, preguntarse si toda su vida la ha vivido de la forma correcta o no. Al tratar de consolarse el mismo, no puede engañarse y duda que se pueda concluir que esa vida llena de formalidades y apariencias sean satisfactorias. Vivió una vida de apariencias que ocultaron la esencia de la vida y la inminencia de la muerte.

Hubo tres días de profundo desespero, el cual se manifestó con altos gritos, acompañados de la permanente reflexión sobre la vida y la muerte. Iván Ilich piensa en su situación como la sensación de estar en un vagón de un tren que cree que avanza, pero que en realidad está retrocediendo, como su vida misma. Una de sus últimas consolaciones fue la compañía de Vasya, uno de sus hijos, e Iván piensa que así sea en el último esfuerzo, su vida podría corregirse un poco. Él sabe que para sí mismo poco queda, pero tiene la esperanza de ayudar a su familia y seres amados a corregir el rumbo de la vida y eso le da cierta alegría. Mientras que para Iván sus últimas dos horas de vida fueron un instante de profundo pensamiento, su familia presenció la angustiada partida de quien fue padre y esposo.

Esas dolencias incurables han sido develadas por los azares de la vida, debido a esa permanente posibilidad de estar bien en un momento y en cualquier otro instante poder estar mal. Con esta historia se deduce que la cuestión del origen del dolor no siempre tiene una respuesta lógica o exacta, sino que puede manifestarse como un fenómeno que rompe contra cualquier tipo de normalidad, de tenerlo todo hoy y mañana perderlo todo. Más allá de esto, lo que sí deja claro el dolor es su esencia y realidad en cuanto a repercusiones en la vida.

En medio de esa posible analogía a la vida como una escalera en la que se puede estar arriba, pero también abajo, el dolor deja claro que en los momentos en que se manifiesta no permite que nos ocupemos de cuestiones prácticas del mundo; si algo nos puede agobiar simultáneamente, nos puede contraer muchas consecuencias más. Con la presencia del sufrimiento es latente que las cosas pueden cambiar porque se rompe cualquier tipo de normalidad, esto reside, básicamente, en que la gente, en su diario cotidiano, va pasando sus días con esa idea errónea y común de que las cosas malas solo le pasan a los demás y no a ellos. En el tiempo en que aparece el dolor se rompe dicho mito porque nadie es inmune a él, si no, todo lo contrario, somos lo que somos porque podemos sentir tanto cosas buenas como muy malas.

La aparición del dolor puede cuestionar el sentido de la trayectoria de la vida, aquellos entusiasmos y goces que se han vivido, y que se pueden poner en duda, respecto a su validez o practicidad de la vida en general, vista la vida como una trayectoria de placeres y de logros. Otra duda que fomenta el sufrimiento es su aspecto incomprensivo o de desentendimiento por parte de los otros, “luego, no pudiendo ya contenerse, lloró como un niño. Lloró a causa de su impotencia, de su horrible soledad, de la crueldad de las gentes, de la crueldad de Dios, de la ausencia de Dios” (Tolstoi, 2014, p. 82). En los momentos en que se presenta tan fuerte y drástico que los demás parecen ignorar a quien sufre también tortura. Cuando el dolor se traslada del plano individual al compartido —en el momento en que varios sujetos muestran los mismos vejámenes— se agrava la situación porque esas víctimas del dolor son olvidadas o ignoradas por los demás, como si las cosas siguieran normales y no merecieran compasión.

La conciencia que poseen todos puede ser intervenida en cualquier instante por la aparición del dolor y, como un efecto dominó, puede afectar a los cercanos. Se presenta una afección en todos los aspectos de aquel que sufre, tanto física o emocional, o muy internamente. El dolor de Iván Ilich no se puede reducir al silogismo de que todos los hombres son mortales y en todos nosotros pasa lo mismo, puesto que nadie es un humano más, sino que es la fiel expresión vitalista de una historia con proyectos, sentimientos e ideas. El dolor no se puede reducir a cifras, es algo que merece compasión porque la vida busca vivir y no sufrir, para no entrar en esa irremediable categoría desagradable y enigmática de la muerte.

El dolor es un fenómeno del cual no se está libre ni siquiera teniendo las mejores condiciones materiales de la vida, como le pasó a Iván Ilich Golovin, quien es la representación humana de una vida burguesa con todas las comodidades. Más allá del malestar físico que se pueda percibir, también está un tipo de dolor o enfermedad más grave, y es aquel que es incurable, aquel que torna la existencia en mera angustia, “la vida, serie de sufrimientos que aumentan progresivamente, camina con rapidez hacia el final de aquel horrible sufrimiento” (Tolstoi, 2014, p. 87). Nuestro protagonista es el reflejo del doble sufrimiento o del dolor completo, se sufre desde lo físico hasta lo mental.

El dolor se presenta de diferentes maneras, por ejemplo, saber que con la llegada de la muerte quizás haya personas que hipócritamente les agrade la noticia para poder alcanzar algo que no podían cuando estabas vivo. También, la llegada de la muerte es hipócrita en el sentido que los demás, en el fondo, están tranquilos porque no fue a ellos a quienes les llegó el final, como si no nos fuera a llegar a todos “el fenómeno de la muerte de un ser conocido provocó, según ocurre siempre, en cuantos recibieron la noticia en el Palacio, un sentimiento de alegría, la alegría que causa saber que «el muerto era él», no ellos” (Tolstoi, 2014, p. 4). Hasta en las mismas ceremonias de despedida a un fallecido, hay un tipo de indiferencia ante el suceso, estos rituales a veces se conciben solamente por el mero cumplimiento y emitir unas palabras de sentido pésame para los dolientes resulta fastidioso.

Se puede mirar al dolor en los mismos rostros de los muertos, aquellos cadáveres que han renunciado a las derivas del mundo parecen expresar una mayor aura que cuando estaban en vida, quizá sea el reflejo de tranquilidad de haberse liberado de las impredecibles circunstancias de la existencia; en otros rostros, se puede ver un reproche hacia los infortunios derivados de la mano de los vivos en la tierra. Acá todo seguirá normal, váyase quien se vaya, una partida de cartas no se suspenderá por alguien que tarde o temprano se va a olvidar.

El proceso de morir presenta varios aspectos, puede ser agobiante y lento, y también rápido o fugaz, lo más seguro es que puede ocurrir en cualquier momento y a cualquier ser vivo. Sin embargo, como dice el dicho popular, “el muerto al hoyo y el vivo al baile”, independientemente del duelo que los conocidos hagan a la memoria del finado, hoy buscan también lo que les pudo dejar el muerto. Más allá de los buenos recuerdos, también se buscan

sus bienes económicos a heredar. ¿Será la muerte la voluntad de un dios?, lo que sí se puede decir es que a todos nos llegará.

La vida puede ser una historia sencilla, ordinaria y terrible, en la cual todos estamos sujetos a su fin. Se puede ser un personaje distinguido por diferentes motivos, sentirse orgulloso de eso e incluso recibir reconocimientos y aceptar la dinámica de la sociedad, y en medio de ese recorrido intentar encontrar las huellas que llenen la existencia y la haga menos efímera, “imposible que la vida se halle tan desprovista de sentido, que sea tan horrible. Si tan absurda es y tan horrorosa, ¿por qué morir y morir entre sufrimientos? Hay aquí algo que no está claro” (Tolstoi, 2014, p. 83).

Parece que el ideal de vivir es construir una vida agradable, sencilla, feliz, digna y reconocida por los demás, fuera de cualquier posibilidad de incomodidades. Tarde o temprano también llegan los disgustos y las recriminaciones hacia los otros y lo demás, y la comodidad se transforma a la frialdad. En dos cosas se suele basar una vida cómoda, la solvencia económica para satisfacer necesidades y placeres físicos, y la aceptación por parte de los demás; y así una vida tranquila puede verse interrumpida en cualquier momento.

Hay pequeños placeres que resultan gratos para la vida misma y, del mismo modo, resultan los disgustos. El peligro de estos últimos es que pueden incrementarse de manera significativa cuando no se les coloca atención, puede surgir una situación incómoda para vivir, la vida puede volverse un domingo gris, frío y vacío; también de los pequeños infortunios nacen las grandes angustias. Peor es cuando se intenta no ver o negar este otro tipo de realidades poco favorables porque se vuelve un dolor ciego, que ni siquiera la misma ciencia de la medicina puede pronosticar y solucionar.

Hay dolores tan grandes y enigmáticos dentro de los cuales se pierde cualquier tipo de esperanza humana, en los que la vida cae abatida. También hay dolores que además de agobiar al portador, lo hacen incluso con más fuerza con los allegados del doliente, “más terribles eran los sufrimientos morales: allí estaba el gran martirio” (Tolstoi, 2014, p. 90). Se desprende un ambiente oscuro y callado, casi como un abismo, más cuando la pregunta por la causa de aquel sufrimiento no tiene posibles respuestas claras, lo único cierto es que se está sufriendo. El dolor también puede ser como un veneno, que aparte de envenenar al doliente, también lo hace a los demás y que, en vez de disminuir, incrementa.

El doliente siente que vive y está solo, mira, profundamente, un precipicio en el parece que nadie puede ayudar; esa mirada no tiene luz porque hace parte de un sujeto casi muerto. Ese tipo de padecimiento se aleja de cualquier diagnóstico fisiológico porque lo que se padece es la vida misma y su final, cuando esta parece irse irremediablemente como lo hace el agua entre las manos; así se haya estado en lo más alto, tarde o temprano todos han de bajar. La cuestión con las personas es que la mayoría tienen una concepción diferente a la de la paradoja de Epicuro (como se citó en Hospers, 1976), en vez de no tenerle miedo a la muerte porque cuando llega nosotros ya no estaremos, sí se le tiene miedo precisamente a esa posibilidad, así sepamos que a todos nos tocará. Como afirma Heidegger:

El dolor, del que primero hay que hacer la experiencia y cuyo desgarrar hay que sostener hasta el final, es la comprensión y el saber de que la ausencia de penuria es la suprema y la más oculta de las penurias, que empieza a apremiar desde la más lejana de las lejanías.

La ausencia de penuria consiste en creer que se tiene en las manos lo real y la realidad y que se sabe qué es lo verdadero, sin que se necesite saber en qué esencia la verdad. (2010, p. 1994)

Junto con la angustia que genera la idea de la muerte, la acompaña, paralelamente, la certeza de que todo tiene su final, del cual pocos están acostumbrados y que tampoco se puede comprender fácilmente. A veces parece que todo se pudiera reducir al silogismo de que todo mortal muere, pero estamos tan enseñados a vivir que eso nos resulta lejano. A lo largo de la vida, cada ser humano va tejiendo una serie de velos que sirven también como una especie de cortina para consolarnos ante lo impredecible de la existencia, aun así, la muerte se asoma en cualquier instante. Reconocer a la muerte como el velo más inmediato resulta un proceso terrible e incluso de negación y esa verdad se quisiera pasar por mentira. Al decir del filósofo:

Tal vez la noche del mundo se dirija ahora hacia su mitad. Tal vez la era se convierta ahora por completo en un tiempo de penuria. Pero tal vez no, todavía no, aún no, a pesar de la inconmensurable necesidad, a pesar de todos los sufrimientos, a pesar de un dolor sin nombre, a pesar de una ausencia de paz en constante progreso, a pesar de la creciente confusión. (Heidegger, 2010, p. 200)

La negación de la muerte como un conjunto de sentimientos dolorosos conlleva ciertas consecuencias, como la de la falta de compasión hacia quien pronto puede morir o sufrir, recibir compasión puede entenderse como un alivio sencillo, pero elemental hacia quien padece o, al menos, tener a alguien para desahogarse. ¿Por qué no recibir un poco de lo que tanto falta en esos momentos?, como lo es el cariño, que ayuda a olvidar las experiencias lesivas un rato, cambiar el dolor por un poco de cariño. Como afirma Heidegger:

El tiempo es de penuria porque le falta el desocultamiento de la esencia del dolor, la muerte y el amor. Es indigente hasta la propia penuria, porque rehúye el ámbito esencial al que pertenecen dolor, muerte y amor. (Heidegger, 2010, p. 204)

Así como hay momentos de suma felicidad, también hay momentos de gran desesperanza, como si la vida fuera una balanza, que en la medida en que se va consumiendo el tiempo va subiendo y bajando hacia algún lado. Este pensamiento acerca del dolor y todo lo que implica, pasa también por el tránsito entre el dolor pasivo y el dolor activo, o sea, cuando se presencia como testigos el dolor y cuando se pasa a sentir directamente el dolor, este movimiento permite pensar el dolor como lo sugiere Heidegger (2010) desde el habitar y la compasión, ósea como inherente a nuestra existencia, la cual muestra que, dentro de todas las posibilidades que podemos tener, además de que la muerte es la más segura, el dolor también resulta un fenómeno posible tanto para los otros como para uno mismo.

El dolor nos lleva a preguntarnos por su causa, cuestiona la manera en que se ha llevado la vida en la tierra, si han sido obras correctas o no. Si bien es cierto que hay puntos luminosos en la existencia, momentos de gran felicidad, estos también transcurren hacia un fin que es la muerte misma. Claro que hay sufrimientos físicos que agobian, pero pueden ser más fuertes aquellas dolencias morales, las que hacen sentir el peso del martirio de una vida que poco a poco se va agotando.

Segundo rastro: heroísmo y sacrificios en el dolor

En la memoria de algunas tragedias de la Grecia clásica, se aprecia una concepción bien estructurada acerca del dolor, un ejemplo pertinente ha sido el caso del titán Prometeo y su sacrificio al ser atormentado diariamente como un prisionero. Es un primer indicio de que la aparición de los tormentos de la existencia, además de ser inminentes, pueden consumir para siempre una vida. Se evidencia un fenómeno que posee toda forma de

existencia, como lo es la categoría de lo efímero, desde el momento en que cada uno es arrojado riesgosamente a este universo sin protección alguna, hasta el último de nuestros días estamos condenados a ser fugaces, de estar en este momento, pero mañana quizás no.



Figura 5. Pintura *Prometeo lleva el fuego a la humanidad*

Fuente: Fuger (1817).

La acción de Prometeo se puede interpretar desde diferentes posturas, el ladrón del fuego es visto desde un lado casi heroico, quizá con un miedo de fondo por las consecuencias de sus acciones, en esta pintura, tiene su mirada alta y el brazo extendido hacia arriba dando a entender que ese sacrificio no es en vano, que esa llama de conocimiento, donada a la humanidad, saldrá su futuro castigo. Esa condena prometeica es el sacrificio cobrado para sacar de las oscuras tinieblas en las que estaba el ser humano después de ser abandonado por los seres celestiales más poderosos. Esta historia funciona como un tipo de justicia divina en

la que alguien pierde algo a nombre de otro, para que ese otro pueda salvarse, mientras que el sacrificado sufre a la postre del progreso de los otros.

Prometeo es el titán de la previsión, que se dio a conocer por haber engañado a los dioses más importantes del Olimpo, en una primera ocasión, les dejó a los humanos la mejor parte de un banquete, dándole lo peor a los dioses. En una segunda, se volvió famoso por robar el fuego del conocimiento y ofrecerlo, nuevamente, a la humanidad. Y no siendo suficiente, en una tercera, Prometeo se negó a confesar el nombre de quien iba a derrocar a Zeus, el dios más importante entre todos los demás. Esas acciones fueron más que suficientes para desatar toda la ira y represalia hacia este Titán, quien puede verse como un gran optimista hacia la humanidad, que, siendo consciente de la gran debilidad de los hombres y mujeres, se compadeció de ellos, a pesar de sus consecuencias adversas. Esas acciones por parte de Prometeo, a favor de los humanos y en contra de los dioses, ciertamente, ofendieron a la cúspide más alta de los celestiales, quienes representados por Zeus comenzaron a cobrarle sus acciones a través de la venganza.

En la desgracia por el castigo, Prometeo fue consolado por algunas Océánidas, diosas de los ríos, que le expresan: “eres mucho mejor para hacer entrar en razón a la gente que se acerca a ti que a ti mismo” (Esquilo, 1993, p. 555), pero esto resulta más bien algo vergonzoso para el Titán porque preferiría sufrir sin que nadie conociera su dolor. En medio de esos lamentos, confesó el único motivo de su condena y fue su empatía hacia los humanos, quienes iban a ser olvidados por los mismos dioses. Prometeo no quería que nadie más padezca su angustia, por eso rechazó cualquier tipo de ayuda o intervención, y su consolación fue su propia condena, haber ayudado a los mortales.

Como buen profeta que fue Prometeo, a pesar de su doloroso castigo, él sabía que todos los males tarde o temprano tienen su fin, independientemente, del tiempo o la manera como esto ocurra. El titán sufrió en su lecho su condena diaria, sintió vergüenza de que vieron su profundo dolor, pero aun así supo que algún día terminaría su angustia, en la cual tuvo algo de culpabilidad, pues se le había dicho que “no ayudes a los mortales más allá de la justa medida y no te despreocupes de ti cuando estás sumido en el infortunio” (Esquilo, 1993, p. 561). Así como el dolor, por más profundo que sea, tiene su final, aquellos señores del mal también caen pronto, esa fue una de las profecías y temores de Zeus.

La historia de Prometeo también es la de aquel rebelde que incluso va en contra del destino, que a veces parece favorecer y desfavorecer de manera indiferente. Le advierten a Prometeo que “eres osado y en vez de ceder por estos amargos sufrimientos, hablas con demasiada libertad” (Esquilo, 1993, p. 565), pero el camino hacia el dolor que padece el titán lo padece desde la fuerza que representa esa ruleta del destino. También, el dolor se aprecia como una especie de cadenas, las cuales atan a quien sufre y dichas cadenas, así como el dolor, parecen irrompibles.

El titán es consciente de que ante la intempestiva fuerza del sufrimiento, a veces, es mejor resignarse y aceptarlo como una mala suerte, entendiendo así que contra los hilos del destino no se puede luchar. Junto al deseo de infligir dolor, hay sentimientos que acompañan como el odio y la discordia en los corazones, por eso le preguntan: “¿no sabes, Prometeo, que para un temple enfermo los únicos médicos son las palabras?” (Esquilo, 1993, p. 556). El dolor le aparece a Prometeo como un tábano que atormenta constantemente, tanto que también inflige remordimiento en la existencia, un remordimiento que parece solo cesar con la consolación gigante del éter o el grande amor de una madre.

Otra interpretación del accionar de Prometeo puede ser la de la fuerza e ímpetu de la salvación. La humanidad estaba condenada por la omnipotencia de los celestiales, pero — por un acto de amor y de compasión— una deidad ve la oportunidad para revelarse con gallardía ante la incomprensión y apatía hacia los humanos como seres débiles a comparación de otros. Prometeo, como buen visionario, supo desde antes las terribles consecuencias de quitar algo a los dioses para donarlo a los seres humanos. Pero decidió dejar eso de lado y, en un acto de valentía, vio la necesidad de actuar con justicia y de impartirla. Él supo que podía ser fuerte porque contaba con ciertos poderes, pero fue consciente también de la inferioridad de los humanos y esa falta de equilibrio fue la que motivó al titán a actuar.

Bajo el marco de la obra como parte de las tragedias griegas, se trata uno de sus temas principales: la imposibilidad de evitar el destino, caracterizado por tener marcas de dolor. ¿Hasta qué punto se justifica que el sacrificio de Prometeo fue por cuestiones de misericordia hacia los humanos?, para el Titán fue, precisamente, eso lo que lo alentó a seguir desobedeciendo a los dioses a pesar de los terribles efectos. Esta historia también refleja que, a pesar de que se esté a favor de la divinidad, no por ello se puede estar a salvo —en su

totalidad— de algún castigo o designio malo por parte de los dioses, o sea, no siempre hacer lo justo trae justicia hacia uno; no siempre ser bueno será recompensado con que sean bueno con uno.

Por la condición efímera de la vida es que resulta necesario buscar maneras de enunciar al dolor como aquello que puede atormentar en cualquier instante. Las cuestiones alrededor del dolor no se pueden callar porque se vuelven desgracias casi infinitas. Quizá por esto, como lo expuso el mismo Prometeo en algunos de sus lamentos, es que resistimos la vida misma desde creencias en ciegas esperanzas, para así poder lidiar con la idea final de la muerte, pues “¡Mejor es morir de una vez que sufrir con deshonor a lo largo de todos los días!” (Esquilo, 1993, p. 569). No intentar comprender el dolor y callarlo puede terminar en un agobio mayor, no en el sentido de la facilidad que hay en emitir consejos o reflexiones sobre los que sufren porque nosotros no sufrimos, sino en el sentido de que por compartir esa naturaleza efímera es que debemos compadecernos del otro y sufrir con quien sufre porque el dolor va por ahí errante en búsqueda de quien aferrarse.

Prometeo es testigo del menosprecio y de las formas injustas en las que los dioses estaban ejerciendo su poder hacia los humanos, sintió el llamado a no hacer parte de ese lado y tomó partida en defensa de aquellos indefensos próximos a desaparecer por culpa de la soberbia del poder. Si bien el titán conocía sus habilidades celestiales, también sabía que no era el más fuerte de todos y que si atentaba contra el poder, este le perseguirá hasta castigarlo, independientemente, de si la causa era justa. Sin embargo, Prometeo actuó en defensa de los débiles y atentó, al mismo tiempo, contra aquellos los soberbios.

Cuando se hace la comparación con el dolor, dicho fenómeno es también soberbio en la medida en que no diferencia ni respeta a nadie, sino que aparece en cualquier momento y a cualquier mortal. En la imagen se aprecia a Vulcano, también llamado Hefesto, cumpliendo con su mero deber de encadenar a Prometeo, pero en el fondo no está de acuerdo con dicha condena, por el contrario, se ve a Hermes con una expresión de picardía que refleja indiferencia ante el padecimiento.

La empatía hacia quien padece dolor resulta casi un alivio o consolación hacia ellos porque los únicos médicos para algunos tipos de tormentos son las palabras. La vida es, según los griegos antiguos, como una línea que está hilada por las Moiras, unos seres encargados

de permitir que la existencia se hile y que al final se corta. Así como un hilo es la vida misma, en cualquier momento puede terminarse porque su naturaleza es endeble, frágil y débil. A los enfermos del dolor les resulta grato poder conocer, anticipadamente y con claridad, el dolor que padecen, un presente y realidad que debe tratarse con bastante cordura a pesar de su altivez.

La condena de Prometeo a un sufrimiento casi perpetuo estuvo vigilada por dos grandes personajes representativos que la cultura griega personaliza como la fuerza y la violencia, lo que deja ver que tanto la una como la otra de alguna manera pueden relacionarse con las experiencias lesivas o los sentimientos como la angustia. El dolor puede basarse o estar guiado en algunas ocasiones tanto por la fuerza como por la violencia, puesto que estos dos factores también se presentan como útiles en los momentos en que se busca infligir algún daño.

Los lugares en donde habita el dolor, sean espacios físicos o representativos, suelen entenderse y sentirse como lugares desérticos en donde no ha habido ninguna presencia permanente del humano, en el sentido de que estos espacios solo son habitados por aquellos que padecen algún sufrimiento, que entre más fuerte sea más viva será la experiencia en dicho lugar. Son desconocidos porque prácticamente todos huyen al dolor, no se desea por voluntad habitar allí y experimentar aquel abismo; y quien está desea salir pronto y no regresar a dicha experiencia, ya que “es cosa fácil para el que está libre de penas aconsejar y hacer reflexiones a los que sufren” (Esquilo, 1993, p. 552).

La permanencia en los lugares y espacios del dolor, además de su experiencia agresiva, presentan la característica de ser represivos, muy parecido a una esclavitud del sufrimiento, puesto que quien sufre se siente aprisionado y encadenado fuertemente, como si no se pudieran romper esas cadenas. Ese dolor encadenado está fuera de la esfera humana cotidiana porque ahí afuera todo lo que se hace es también para ignorar o evitar este tipo de padecimiento. Quien entra a esta prisión no se encontrará con nada mortal, con nada humano.



Figura 6. Pintura *Prometeo capturado*

Fuente: Rubens y Snyder (1636).

Los últimos momentos narrados del castigo a Prometeo lo muestran con una disposición casi de resiliencia, además de las irrompibles cadenas que lo atan y de su gran soledad, como condena adicional sufrió la destrucción de uno de sus órganos diariamente, puesto que, por dictamen de los dioses, dicho órgano también se regeneraba, lo que condenó al doliente a una pena casi eterna, la cual le recordaba todos los días el dolor al que estaba sometido. Prometeo no tuvo más que resignarse ante la dura realidad, pues quejarse no le representaba nada más que un agravio a su pena, sin embargo, igual que su amor por la humanidad, conservó muy en el fondo algún tipo de esperanza, de que algún día llegara alguien o aconteciera algo que lo liberara de su difícil situación. En las profundidades de la agonía, surgió también una gota de esperanza de salir de ello.

Otra característica de un padecimiento es la de su constante presencia que, en la mayoría de las ocasiones, parece que se agrava, que se incrementa, así un tormento se va

convirtiéndose en un continuo presente. Dicho tormento, según cómo se enfrente, puede servir también como una lección de vida, ya que “todo lo enseña el transcurso del tiempo” (Esquilo, 1993, p. 578). La fuerza, la violencia y el dolor son firmes y ásperos en sus manifestaciones; más cuando quien sufre se caracteriza por hacer parte del conjunto de seres efímeros, finitos, mortales, limitados, etcétera. Las características que hacen humano a alguien corren el riesgo de desaparecer debido al maltrato deshonroso y amargo del dolor mismo.

Si bien experimentar un tormento es indeseado, hablar de ello puede serlo mucho más o ser deshonroso, pero, en ciertas ocasiones, el agobio se torna más intenso cuando no se dice, cuando se calla, cuando no se permite expresarlo o cuando no hay a nadie a quien contarle. También hay dolor, cuando este llega sin razón alguna, incluso de manera justa; cuando se dice y se hace de la manera correcta, pero la vida te paga de la manera más adversa, cuando se tiene compasión hacia los otros, pero este no es recíproco; cuando se busca ser justo en un mundo injusto.

La figura del mito, específicamente estos relatos de la cultura clásica griega reflejan cierta tendencia en el ser humano a olvidar el dolor, o evitarlo. Revisando la riqueza de dicha literatura, se han estudiado muchísimas de estas obras e historias que han tratado concreta o analógicamente el asunto del dolor, sufrimiento, angustia, etcétera. Por un lado, el sinnúmero de personajes, entre leyendas, héroes y villanos, en una o algunas de sus varias aventuras, han tenido algún acercamiento con alguna experiencia lesiva o preocupación existencial. Por ejemplo, los casos de las guerras titánicas y sus duras secuelas, las condenas de Sísifo o de Tántalo, entre otro más, narran además de castigos dolorosos, las marcas infalibles de una angustia por la vida. Los protagonistas de todas estas historias tienen en común que si bien el dolor es natural, pareciera que esa tendencia a huir de él también, ya que es mejor tener bienestar que estar mal.

Con Prometeo encadenado la cultura clásica de Grecia plasmó, desde hace siglos, que los seres humanos, efectivamente, van por la vida evitando pensar en su condición de mortales, que todo lo que se busca hacer para ser felices tiene la doble intención de no pensar en la muerte y en el dolor, por eso, muchas de las prácticas humanas se basan en la esperanza. La historia misma se ha encargado de mostrar que algunas esperanzas se basan en fenómenos ciegos o con falta de fundamento. Recordar, nada más, que han existido miles de religiones

e iglesias y que cada creyente confía firmemente en que, a la iglesia que hace parte es la que profesa la verdadera salvación, cuestión con la que se deslegitima a las otras creencias indirectamente.

La condena a Prometeo muestra la naturaleza del sentir dolor, quien padece sufrimiento está expuesto también a la soledad; por más que un doliente esté acompañado de familia o amigos y que reciba un apoyo incondicional, resulta que, dentro de la honda agonía del sufrimiento, los difíciles sentires son propios solamente de quien está sufriendo, y llega el momento en que ninguna consolación resulta suficiente para apaciguar el tormento. El dolor puede conllevar como a una condición de la soledad y quizás por ello, a una condición de la individualidad.

Un factor alrededor del dolor es la compasión, o sea compadecerse del dolor, se refleja en la mismidad del aspecto humano, aquellos que sufren requieren compasión y la naturaleza de la compasión es precisamente hacia quienes padecen, pues “a los que están enfermos les resulta grato conocer previamente con claridad el dolor que aún les aguarda” (Esquilo, 1993, p. 567). Desde las enseñanzas religiosas hasta las diferentes culturas literarias comparten la idea de compadecerse hacia el prójimo, por varias razones, una de ellas es que es menos dolorosa la experiencia cuando alguien escucha o está pendiente del otro, siempre y cuando este lo apruebe y permita porque así como se tiene la vida y en cualquier momento se puede perder, también pasa con el dolor, en cualquier momento o a cualquier ser vivo se le puede presentar. La compasión es, entonces, una manera de liberación al sufrimiento y esos dolores que sobrepasan la física de los cuerpos no requieren a médicos o a la ciencia, sino palabras que consuelen.

Las secuelas del sufrimiento, además de que pueden ser humillantes, conllevan a la pérdida del control desde el pensamiento; quien ha sufrido, irremediablemente, recibe una serie de transformaciones en su manera de seguir percibiendo las realidades, en muchas ocasiones, los rumbos ya no vuelven a ser normales o como antes. Por más fuerte que sean ciertos caracteres de las personas, ninguno está a salvo a la fuerza superior y violenta del dolor, que llega y arrasa con las esperanzas endebles del humano. Una cuestión grande que se debe seguir pensando es si la muerte es el mal mayor o puede ser una especie de liberación al dolor.



Figura 7. Pintura *Prometeo*

Fuente: Orozco (1930).

Para salvar la condición de terrenales de los seres humanos, cuando Prometeo sacrificó su tranquilidad en nombre de la salvación de los humanos, bajó su condición de celestial todopoderoso a un mortal más, en el sentido en que, al igual que los humanos, pudo sentir profundo dolor y, dada su condición de inmortalidad, el castigo planeado fue el sufrimiento eterno, única diferencia con los seres humanos que el final de toda agonía encontramos la muerte. Esta pintura sobre la pared representa también esa conexión histórica y casi necesaria de los humanos en comunidad y su relación con lo divino, con los dioses, con la deidad, en quien ven reflejada la esperanza de la salvación, entendido así el mundo como un peldaño de aciertos y desaciertos para alcanzar la gloria eterna.

Tercer rastro: el dolor como austeridad y consolación

En la tradición de la *Santa Biblia* también se expone otro personaje conceptual íntimamente relacionado con el dolor referenciando *El libro de Job* (Reina Valera, 2016), se expone allí una serie de factores considerables respecto a este fenómeno. Job representa al ser humano que lleva una vida terrenal políticamente correcta y casi perfecta, en la que se alaba a la divinidad y se deja atrás cualquier acción indebida, pero que, de un momento a otro, por designio de fuerzas superiores, es sometido a una serie de sufrimientos, de los cuales

parecía estar cubierto por esa forma de vida tan recta que llevaba. Este personaje es visto con un héroe del dolor porque, a pesar de todas las injusticias y tormentos, se logró mantener firme en su fe.

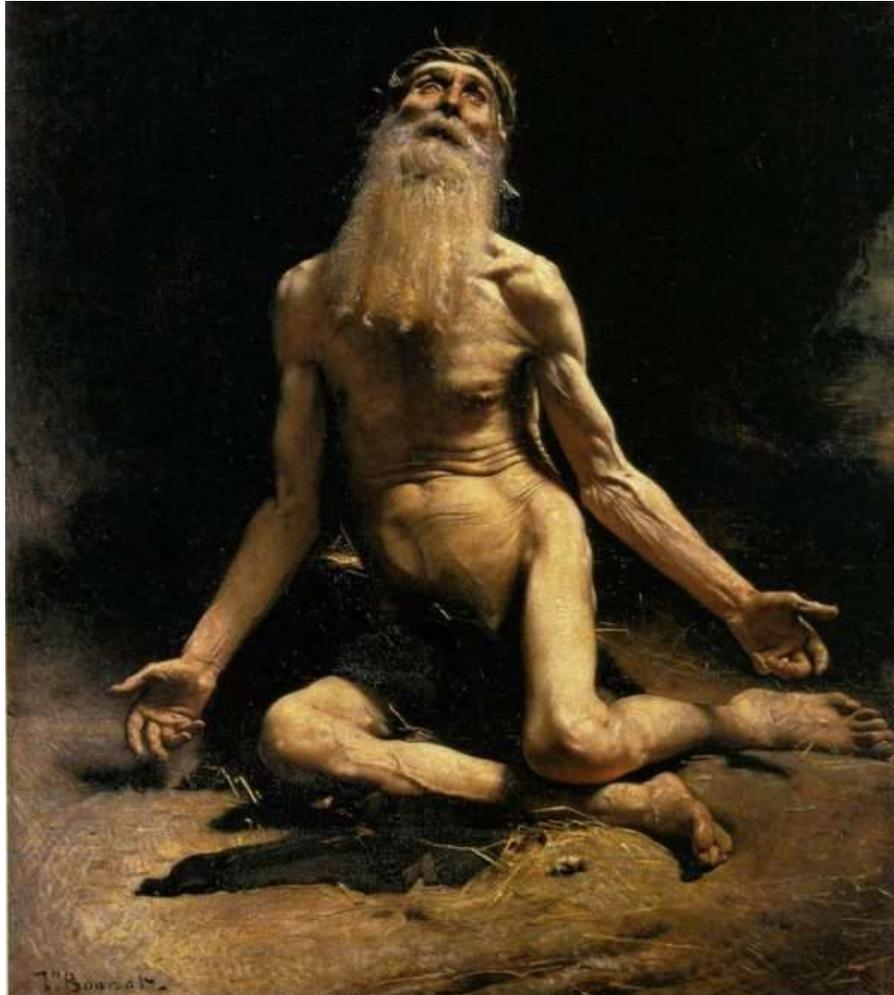


Figura 8. Pintura *Job*

Fuente: Bonnat (1880).

Con un cuerpo ya frágil y una mirada de desolación, Job se ve casi rendido ante la vida y ante su señor creador, no sabe ni entiende las razones por las cuales está pasando toda su tragedia, cuando nunca ha dejado de ser un fiel servidor de la fe y nunca ha cometido pecado alguno, anhela regresar a esos días de prosperidad y pura felicidad, días que —según su actuar— eran los que merecía como recompensa por ser una buena persona. Postrado en el suelo, con sus brazos extendidos y el llanto hacia el cielo, Job espera que aquel dios al que le dedicó su vida actúe en justicia suya y recupere los momentos buenos de la existencia.

Después de unas palabras de fuerza por parte de Job en contra de la adversidad, su discurso comenzó a transformarse en todo lo contrario y se convirtió en lamentos, este fiel creyente de Dios —después de haber llevado una vida de bendiciones— experimentó todo lo relacionado con la desgracia y a la amargura que genera. Job, que daba alabanzas de agradecimientos, expuso una larga serie de quejas altivas y de importantes cuestionamientos hacia ese ser todopoderoso a quién le preguntó el porqué de sus sufrimientos en él, que había sido un fiel siervo, sin maldad alguna.

Frente a los acosamientos y cuestionamientos de Job —quien estaba, sumamente, extrañado por las grandes desgracias que la vida le comenzó a dar sin razón aparente—, sus amigos le trataron de explicar que él tuvo que haber cometido algún gran pecado y que, por eso, la divinidad le estaba cobrando ese mal que hizo, por lo que el único camino de salvación siempre sería el del arrepentimiento, como afirma Reina Valera, “desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (2016 Job 1:21). Pero, Job no se convenció con dicho argumento porque él estaba seguro de que no había cometido algún pecado tan delicado. Job dudó de las explicaciones terrenales, pero —aún en medio de su desasosiego— mantuvo, en el fondo, la esperanza de que ese Dios todopoderoso del cual era fiel siervo le revelara el porqué de sus males y pronto le ponga fin.

El doliente mostró gestos de insatisfacción ante las respuestas de consolación por parte de algunos de sus allegados y ahí es cuando apareció un personaje bastante interesante, quien trató de llevar a Job a un ambiente diferente para que pudiera entender un poco mejor su situación adversa. Eliú, a pesar de su juventud, era gran poseedor de inteligencia y mencionó que, a pesar de la desgracia, esta debe ser utilizada como una oportunidad para la reflexión. Dios, independientemente de los acontecimientos del mundo, se caracterizaba por ser justo, sabio, omnipotente y santo, por lo que todos aquellos sufrimientos humanos no eran más que un espacio de aprendizaje para los seres humanos. Podía ser que, a través del dolor, la divinidad incentivara a los pecadores a que se convirtieran para poder ser salvados.

Una de las tantas quejas de Job era la del silencio de Dios, quien de manera misteriosa se manifestó, o eso creen algunos, aunque su aparición no fue para justificarle al doliente las razones de sus pesares. En una ocasión ocurrió una manifestación de la divinidad, “entonces

respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?” (Reina Valera, 2016, Job 38:1-2) para recordarle la grandeza de Dios y de su perfección; fue así como Job agachó la cabeza y recordó sus inicios en los caminos de la fe y su trasfondo y profundo significado sagrado. A pesar de las constantes tragedias, desgracias y dolores, el consuelo mayor de Job era volver a su fe inicial que, independientemente de las desgracias mundanas, sabía que a esos siervos fieles pronto les llegaría la recompensa o tranquilidad eterna.

En un acto de grandeza, el ente divino y todopoderoso hizo su revelación final, materializó en la tierra —ante los mortales— esa promesa final de la vida eterna y llena de completa felicidad. A Job se le devolvió todo lo que había perdido y hasta se le dio de más; a sus bienes, sus familiares y sus cercanos se les multiplicó y, asimismo, su felicidad. Y a todos aquellos inocuos que, en medio de la desgracia de Job, perdieron o criticaron su fe en Dios recibieron su castigo o lección, “de oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Reina Valera, 2016, Job 42:5-6). Siendo así, lo más importante para Job fue el restablecimiento y confirmación de su fe profunda que, a pesar de todo, fue restablecida con grandes bendiciones directas del cielo.

Con la historia de Job se recuerda uno de los grandes interrogantes hacia los creyentes: ¿por qué, si Dios existe, permite que sucedan cosas malas? Dicha pregunta se convirtió en el gran interrogante en contra de lo religioso, este cuestionamiento lo trataron los grandes teólogos del medievo respondiendo a la cuestión por la maldad en parte con la justificación del libre albedrío, como lo trató San Agustín de Hipona (1982). Lo que refleja Job es esa confianza o fe incondicional de quien cree en alguien o algo. La proclama hacia Dios no se hace, solamente, en momentos de confusión o necesidad; sino que se hace, precisamente, porque como humanos no hemos logrado entender por completo la complejidad de la vida que así como conlleva felicidad, también puede haber tristezas.

Desde la perspectiva teológica de algunas religiones, en especial, las del cristianismo, los males recurrentes en cada persona equivalen a su culpabilidad de pecados o acciones malas, es decir, no es culpa de Dios. La anterior postura sigue siendo tema de debate, pero —al menos— para las iglesias ha servido de argumento para validar ese propósito final que el creador tiene para todos nosotros, siempre y cuando el humano también se comporte

intachablemente. Junto al padecimiento de males que todos pueden experimentar en cualquier momento, la historia de Job también menciona el papel que puede desempeñar la figura del mal representada, esencialmente, en Satanás, quien va por el mundo buscando perder las almas o buena consciencia de las personas. Por ello, es que Job, en buena parte de todo su dolor, fue consciente del tormento impartido por ese lado oscuro que buscaba desestabilizar su fe.



Figura 9. Pintura *El temeroso Job*

Fuente: Kardos (1900).

La historia de Job, fiel a las tradiciones bíblicas, tiene en cuenta —en el ámbito del sufrimiento— no solo al doliente, sino también recalca la pertinencia de la compasión hacia este por parte de sus allegados. La piedad, así como la de Jesucristo hacia la humanidad, es factor elemental dentro del ámbito humano de las religiones porque refleja la idea del amor

entre los seres humanos y aleja todo pecado o acción mala dentro de la naturaleza. Todo aquel que sufre merece un acompañamiento, un perdón y una ayuda; si no es en el sentido de salvación, por lo menos, en el sentido de apaciguar un poco más el dolor de aquel que está sufriendo, aparte de la recompensa divina que tarde o temprano le llegará a los que tienen misericordia.

En las reflexiones de Job, en medio del sufrimiento que lo agobiaba y del cual no tenía explicación alguna, el personaje medita acerca de la naturaleza del ser humano por medio del dolor que resalta la inferioridad de la existencia mundana, frente a elementos más superiores, una existencia a la que se viene y, por lo tanto, también se tiene que abandonar. Y es que ante los ojos de lo divino pueden emerger cosas buenas, como también malas, puesto que es la misma naturaleza de la vida humana que, al igual que una chispa, se levanta por el aire, pero vuelve a caer, por ejemplo, en la aflicción que surge durante el transcurso por la tierra y es que nadie puede negar la finitud de su condición.

Las aflicciones se pueden expresar mediante la angustia del espíritu y manifestarse en amargura, nada se puede predecir con exactitud del futuro, sino, todo lo contrario, lo que se puede anhelar conocer es el ayer; como ese pasado de los días en este mundo de sombras, en el que todos son hijos de días cortos y de sinsabores, pero que también puede ser una bella flor que se arranca, en la que estos días se agotan y se acortan para llegar a ese sepulcro ya seguro y preparado.

El camino de la rectitud en el comportamiento humano ha sido, históricamente, un valor buscado dentro de las diferentes morales de las culturas, las cuales profesan que, mientras la persona se comporte de manera correcta y de acuerdo a las leyes de las sociedades, todo funcionará de la forma más grata posible. La historia de Job comienza precisando el caso de un hombre que goza de bendiciones en su vida gracias a su excelente comportamiento en el mundo y, por lo tanto, ha sido recompensado también por Dios mismo “entonces confiarás, porque hay esperanza, mirarás alrededor y te acostarás seguro” (Reina Valera, 2016, Job 11:18). Pero ¿qué sucede cuando después de una vida correcta se padece injustamente de desgracias?, desde algunas tradiciones de las religiones occidentales, se ha profesado la idea de que en la vida se puede presentar una serie de desafíos, los cuales se deben superar para seguir adelante y poder gozar de un futuro próspero, esto es lo que le

sucedió a Job, un hombre recto —en el sentido moral— que, al final, terminó padeciendo la pérdida tanto de bienes materiales como de su propia familia y que sigue confiando en ese plan divino de Dios.

Una de las cuestiones más problemáticas de las diferentes religiones es la idea de la existencia de Dios y del mal, y el por qué si este es un ser omnipotente permite que el mal exista. Más allá de las diferentes respuestas y argumentaciones a favor o en contra, la cuestión que queda con la historia de Job es qué sucedería si el mismo Dios, en el cual se cree, autorizara un mal directo hacia uno de sus fieles, cuando este es totalmente inocente. En este caso, Job se resguarda bajo la paciencia y recibe una consolación que, en su momento, resulta fundamental por parte de algunos de sus allegados; esa serie de sufrimientos que padecía Job parecían disiparse un poco más gracias a la fe y a la comprensión.

Pero la intensidad y duración de algún dolor incide, tarde o temprano, en las perspectivas como se percibe dicho fenómeno; entre más tiempo dure, probablemente, la paciencia puede agotarse. Esto le pasó al mismo Job que, a pesar de la consolación y de la fe, sintió suficiente y el dolor fue mayor porque lo que terminó maldiciendo hasta su propio nacimiento y anheló no haber nacido para haberse evitado dichos dolores. La fe resultó un motor considerablemente grande para sobrepasar los inconvenientes de la vida, pues, ante la agonía de Job, uno de sus allegados le hizo recordar el camino por el cual debía seguir, independientemente, de las circunstancias adversas y le preguntó si los humanos rectos serían destruidos y si estas personas podían ser más puras que su creador. Esto bastó para que Job comenzara a enfocarse, nuevamente, en ese camino de esperanza y austeridad.



Figura 10. Pintura *Libro de Job*

Fuente: Blake (1820).

La agonía de Job y su posterior recuperación muestran la condición de los seres humanos como mortales, quienes mantienen esa doble posibilidad entre poder estar bien o estar mal. Aquí abajo, en la tierra, se tiene la oportunidad de conllevar una vida guiada por las buenas sendas y esperar que la divinidad, a través de la vida misma, se manifieste y dé bendiciones a sus fieles, mientras que toda acción equívoca también será castigada y el castigo podrá ser tanto terrenal como después de la muerte. La humanidad está, en este sentido, en un medio en el que puede bajar a lo infernal, pero también puede escalar a lo celestial y de rasgos, como la fe, por ejemplo, es que depende el lugar en el que se quiera estar. La promesa divina de la salvación eterna será compensada a todo aquel que cree en la tierra y demuestra, con sus actos, su don de esperanza.

Elifaz, el primer consejero de Job, le recordó que en la naturaleza de todos los seres humanos está la posibilidad constante de la aflicción, la cual se posee desde el día en que se nace, así que quien viva no esté a salvo de sufrir, sean dolores físicos o de lo más angustiosos que sobrepasan lo material, pues este sufrimiento no discrimina absolutamente a nadie. Por esa misma condición superflua del humano es que debe buscar un apoyo que sirva como guía, resguardo y salvación a los vejámenes de la existencia.

Un factor consecuente al sufrimiento, más allá del lamento, es la idea de la compasión, por eso, la oración y la súplica se exponen como peticiones hacia algo divino, externo y más poderoso que puede ayudar a solucionar o disminuir lo que se padece. A veces cuando el dolor se presenta de forma fuerte, aparece la creencia de que para poder solucionarlo se debe acudir a algo mucho más grande, de ahí que “en todo tiempo hay que adorar a Dios, en tiempos buenos y en tiempos malos” (Reina Valera, 2016, Job 1:20). Esa es la esperanza de aquellos que ya no creen en el mundo ni en ellos mismos, estos son los atribulados.

La idea religiosa de que el ser humano debe ganarse su pan diario con el sudor de la frente también deduce que, de forma innata, está obligado a trabajar arduamente en el mundo para poder lograr cierto grado de bienestar, tanto físico como espiritual. Continuando estas ideas, Bildad —otro acompañante de Job— recuerda que los días del humano en la tierra equivalen a una sombra, con lo que hace referencia a que la vida es también efímera. Este personaje está cumpliendo con una de las máximas del humanismo y la religión, tener piedad porque “un cristiano debe de dar palabras de aliento y consolación, para apaciguar el dolor de los hermanos” (Reina Valera, 2016, Job 16:5).

Desde la época medieval, impartido y extendido desde Europa hacia todo el mundo, la idea de Dios, la religión y la iglesia —por ejemplo, desde la tradición del cristianismo—, representan una creencia espiritual en un ser creador y todopoderoso, y se han convertido en un ícono de refugio hacia la adversidad y el sufrimiento, tanto así que la fe se ha multiplicado en las representaciones de próceres de las iglesias y los santos. El creyente promedio, en términos generales, reconoce en Dios, por encima de cualquier cuestionamiento, ideas absolutas como la justicia y la grandeza, en las cuales todos estamos cobijados.

La aflicción del ser humano implica casi siempre una reflexión sobre el mismo fenómeno que resulta intimidante y gigante ante la vida efímera de cada persona. El sufrimiento lleva a cuestionar el sentido mismo de la existencia, en medio de un mundo cada vez más superficial y banal, en el que cada vida humana es reducida a simples cifras o números de estadísticas. Y es ahí donde la filosofía debe entrar a ayudar a pensar y comprender el dolor como aspecto inherente a la naturaleza humana y, por lo tanto, importante y definitivo para la vida.

El dualismo antropológico del ser humano ha sido forjado en buena parte por las religiones. La creencia del cuerpo y alma puede relacionarse con el dolor en la medida en que existen los dolores típicos a los que el cuerpo está expuesto y aquí podría deducirse que puede haber, del mismo modo, dolores pertenecientes al alma y que podrían ser incluso mucho más fuertes que las experiencias lesivas porque al cuerpo lo puede tratar un médico, pero ¿quién puede tratar los dolores del alma? Para Job, la respuesta, claramente, es Dios, puesto que él es el responsable de la existencia de todas las almas, todo aquello que tiene vida es gracias a él y, por ende, si se requiere salvación, se debe tener confianza en esa divinidad.

Los libros sagrados de las religiones, como la *Santa Biblia*, testifican también sobre la brevedad de la vida, la certeza de la muerte y la esperanza de una resurrección, etapas en las que puede estar inmerso el dolor porque “bienaventurados (felices) los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Reina Valera, 2016, Mateo 5:4). La religión, a diferencia de otras concepciones alrededor de la vida y muerte, no sitúa la muerte como última solución al sufrimiento, sino la resurrección o la salvación, pues todo aquel limpio de corazón será llamado a la eternidad por Dios mismo, a diferencia de los malvados que, precisamente, sufrirán en las tinieblas por siempre.

Aunque, en algunos momentos de desesperación, Job comete el pecado de caer en la duda de la bondad de Dios; en la mayor parte de su agonía, mantuvo su esperanza en la restauración celestial. Su vida anterior era la muestra de que quien actúa bien será tratado bien y que los altibajos de la cotidiana en los cuales están expuestos todos no son motivos definitivos para dejar de creer en la divinidad. La fe de Job es una fe de hierro y, como en cualquier mortal más, tiene la posibilidad de equivocarse y dudar, pero si la fe es persistente, tarde o temprano, aquí o después de la muerte, esa promesa de Dios será compensada y todos aquellos males y dolores serán arrancados para siempre y reemplazados por felicidad y gozo.

La esperanza de la existencia de un Dios todopoderoso es otra manera de consolación del dolor. El creyente tiene fe de que en los cielos hay un defensor de las causas justas que ampara a los dolientes. La promesa de la salvación ha sido un éxito para mantener la fe de las personas, quienes saben que el cuerpo regresa al polvo, pero que tienen la fe de que el alma trascienda a otro lado, en el que el dolor no estará, sino que aparecerá la felicidad, la

alegría y el bienestar. Mientras que la advertencia de la condenación hace referencia a un sufrimiento eterno, lo que resulta una exigencia más para buscar la salvación con su felicidad y salvaguardarse así de esa dolorosa condena.

Una de las razones que explica las injusticias cometidas en el mundo por parte de los malvados y pecadores es que, tarde o temprano, van a pagar por ese mal aprovechamiento de su libre albedrío y que lo mismo pasará con aquellos justos que padecieron dolor, pues al final serán bienaventurados, por eso, el dolor para los buenos tiene un límite, pero a los malos les llegará un perpetuo sufrimiento. A lo anterior se suma la idea de que por esa justicia divina que puede llegar tarde es que todos deben de arrepentirse de sus pecados, para estar más cerca de la felicidad y más lejos de la agonía eterna.

Una de las mayores motivaciones del creyente para seguir viviendo correctamente es la de las pruebas divinas, en otras palabras, situaciones difíciles que, por diferentes razones, se presentan y que son pruebas por parte de Dios, las cuales se deben superar para lograr al final un bienestar pleno porque “el temor o respeto a Dios es la fuente de la sabiduría y el apartarse del mal, es nuestra inteligencia” (Reina Valera, 2016, Job 28:28). Además, los que apagan vidas, los que humillan a los necesitados y los que son injustos les durará poco su impunidad. Al final, la vida del ser humano sobre la tierra puede compararse como la de un gusano, pero la diferencia será de aquellos que logren merecerse la salvación y trasciendan a la felicidad verdadera y no mundana.

Si el humano anhela la grandeza, debe reconocer primero esa característica en ese ser supremo y todopoderoso, mediante el cual se evitará acoger los terrores de la muerte y el sepulcro. Quien reconoce la divinidad, cultiva la riqueza de las buenas acciones en el mundo, busca la sabiduría, teme a Jehová y se aparta del mal mediante el entendimiento justo. Se sabe que quien tenga obras buenas será recompensado incluso con mejores cosas, de esta manera, las aflicciones generadas en la tierra serán compensadas con esa promesa divina.

El creyente, además de su buen obrar, debe reconocer también sus acciones inadecuadas a los ojos de Dios, este reconocimiento es fundamental como arrepentimiento de lo malo y búsqueda del perdón. La grandeza que se logre en el mundo no es garantía de alcanzar la salvación porque ha habido personajes en la historia que, al contrario, sin ser grandes o famosos, han podido ser malvados, por lo que grandeza no es sinónimo de ser

bueno. Por lo tanto, dicha salvación está en manos de todos quienes la anhelan. Lo anterior, hace parte a la creencia de que como todos somos hijos de Dios entonces, todos podemos emprender el camino de la salvación.

Más allá de la cuestión por la creación, la idea de la existencia de un Dios es la idea de aquel ser que rescate a los humanos de las tinieblas del dolor gracias a su poder mayor, que tiene como rasgos característicos la justicia, la equidad y la rectitud en los juicios. La relación entre aquellos que habitan la tierra y ese Dios de los cielos debe ser aquella que reconozca la superioridad de la deidad y la debilidad de las personas, esto por medio de la confianza en ese ser omnipotente. Y aquello que obren así serán prósperos, debido a la alabanza a esa grandeza de Dios. En definitiva, la bendición divina es el anhelo de los creyentes que buscan prosperidad y evitan el dolor.

Tercera parte

Fenomenologías del dolor plasmadas en relatos entre ríos

De la misma manera en que el poeta baja a las profundidades para decirle al mundo de su penuria, en la reflexión por el dolor —como un asunto abismal de la existencia— se requiere rescatar, en el transcurso de la vida cotidiana, algunas vivencias que reflejen esas formas en que el dolor se manifiesta y se ha comprendido. En estos lugares en que se habita con los otros mortales, quienes son diferentes por sus formas de ser, pero iguales en su condición de seres para la muerte, entre los muchos acontecimientos, ocurren algunos que dejan una huella importante para meditar, debido a su naturaleza dolorosa.

Cuando se hace referencia a las cosas profundas, en el sentido filosófico, esto significa todo aquello que es susceptible de ser pensado más allá de lo normal, o sea, de forma más profunda, diferente, especial, etcétera, puesto que, el tema en sí mismo lo sugiere. Con Heidegger (1994) hay un llamado a volver a la esencia de las cosas para pensarlas como se deben de reflexionar, ya que hay asuntos importantes en la vida, que por diferentes circunstancias están ocultos, entre ellos el asunto del dolor. Por otro lado, pero casi por la misma temática reflexiva, diferentes figuras de la literatura han servido para ayudar a comprender mas claramente, dichos asuntos relevantes y ocultos, la literatura y la poesía puede ayudar a desocultar el dolor porque pueden lograr nombrar dichos temas de forma más natural a todos. Puede ser más comprensible el dolor mirándolo en relatos literarios o en palabras de poetas, que en fenomenologías y hermenéuticas filosóficas, pero en ese sentido tanto la filosofía como la literatura se pueden complementar para alcanzar dicho fin comprensivo de las cosas.

La poeta colombiana Maria Mercedes Carranza (1998) logra plasmar de una manera cruda pero contundente, los grandes vestigios del dolor y sus tenebrosos caminos. Sus versos poéticos acerca de la dureza de la guerra que han convulsionado los ámbitos sociales del país, los referencia desde una angustia individual. La poeta toma consciencia de todos aquellos territorios en donde el monstruo de la guerra ha dejado sus duras secuelas. Su narración nombra y saca a luz, la otra cara del país del sagrado corazón. Aquellos acontecimientos de terror han dejado sus huellas marcadas eternamente en los sujetos que sufrieron directamente la violencia o fueron testigos, ellos son la herida que aún sigue en busca de sanar.

Sus palabras son bellas y exactas en el sentido en que narran lo olvidado pero real. Todas esas palabras poéticas de los sucesos de la guerra tienen como gran protagonista en común el fenómeno del dolor. Aquellos testimonios del dolor en Colombia han habitado los territorios nombrados a continuación, como Caldas y el Tolima, departamentos que han experimentado los grandes conflictos entre el estado, los paramilitares y la guerrilla. Dichos relatos, dichos sujetos son hijos del dolor en todo su espectro como fenómeno, no solo físico sino existencial también, aquel dolor del cual la filosofía acompañada de la literatura y de la poesía pueden ayudarnos a comprender mucho mejor. Se poetiza acerca de encimadas, en Samaná pueblito de Caldas:

"Bajo la tierra de Encimadas
el terror fulgura aún
en los ojos florecidos
sobre la tierra de Encimadas." (Carranza, 1998, p. 9)

En el marco del conflicto armado de Colombia, el cual ocurre desde hace varias décadas, se encuentran una serie de historias, las cuales permiten rastrear algunas perspectivas acerca de la cuestión por el dolor. El triunfo de Ares, como el dios de la guerra, significa la aparición casi perpetua del dolor en aquellas víctimas que han padecido los horrores de la guerra. Las diferentes experiencias lesivas que se pueden padecer, más allá de su intensidad en el momento en que se sufre, se caracterizan, fuertemente, por las esquilas casi eternas que el sufrimiento deja. Por esto, algo pertinente en el asunto sobre el dolor es el modo en que aquella experiencia dolorosa deja huella en la existencia. Es tan complejo el dolor que, en muchas ocasiones, lo más doloroso no es el momento exacto en que se sufre, sino todos los momentos que quedan recordando esa tragedia.

La figura del testimonio en los presentes relatos, cobra suma importancia porque desde *las fenomenologías del testimonio* se destaca la necesidad de comprender acontecimientos desde la mirada de aquellos que pueden dar cuenta de los sucesos que hayan vivido, por ejemplo, en esa línea fenomenológica del dolor, Emmanuel Lévinas (2002) realiza un pronunciamiento respecto al concepto del *ser ahí* de Heidegger (1994), ya que ese *ser ahí* es insuficiente en comparación con todo lo que abarca la totalidad de la realidad de las vivencias de los testimonios. Lévinas (2002) en su desarrollo del rostro del otro, menciona

que, moralmente lo idónea es establecer mediante el testimonio la interrelaciones entre las personas, para llegar casi a una responsabilidad con el otro. Es como cuando se presencia un accidente y si no se hace nada se estaría cometiendo omisión por no haber ayudado o al menos avisado. Toda persona no se reduce a un dato o un objeto dice el filósofo, sino que su rostro implica diversidad de significados; explica:

"El hecho propio de la expresión es dar testimonio de sí garantizando este testimonio. Este testimoniar de sí sólo es posible como rostros, es decir, como palabra. Produce el comienzo de la inteligibilidad, el inicio mismo, el principado, la soberanía real, que manda incondicionalmente. El principio solo es posible como mandato. Buscar la influencia que habría sufrido la expresión o una fuente inconsciente de la que emanaría, supondría una investigación que remitiría a nuevos testimonios y, en consecuencia, a la sinceridad original de una expresión." (Lévinas, 2002, p. 215)

Las siguientes reflexiones acerca del dolor giran alrededor de algunas historias ocurridas entre finales de los años noventa e inicio de la primera década del nuevo milenio, bajo el contexto de la guerra entre el Estado, la guerrilla y los paramilitares. Los lugares en donde se desarrollaron esas tragedias se ubican en el municipio de La Merced, departamento de Caldas, y Honda, departamento del Tolima. Ambos lugares son atravesados por uno de los dos ríos más importantes del país. Aquí, la figura de los ríos, gracias a los vejámenes por la furia de Ares, dejan de ser lugares de vida y pasan a representar cementerios fluviales para los muertos, que ya eran tantos que no había lugar para ocultarlos.

La mayoría de los relatos narrados en esta sección tienen como fuente directa el testimonio del mismo autor de este escrito, quien proveniente del municipio de La Merced (Caldas), gran parte de sus recuerdos de infancia se vieron marcados por los hechos de violencia a manos del paramilitarismo de la región. Estos testimonios son relatos reales de una mente de un niño que tuvo sus primeras nociones sobre la guerra, la violencia y el dolor gracias al llanto de familiares, vecinos y amigos. Años después, con un interés y casi preocupación filosófica por pensar la naturaleza del dolor como algo inminente en todos, en Honda (Tolima) y a los alrededores del río grande, se encontró con muchos más testigos y víctimas directas de esa misma violencia, la cual debe de seguir siendo narrada, para no olvidarla, para evitarla, para reivindicar la voz de los dolientes.

Arriba del río Cauca

Los testimonios funcionan como una fina voz silenciosa cuando lo que se busca contar resulta tan enigmático que no es tan fácil solo decir las cosas, sino que, detrás de estos relatos, hay también una fenomenología del dolor y del cómo dicho fenómeno ha sido percibido en ese contexto de la violencia por una guerra. Los siguientes relatos se sitúan en La Merced (Caldas), pueblo que se caracteriza por tener su cabecera municipal en la parte alta de la montaña y, a la vez, en su llanura, estar atravesado por el cauce del río Cauca. Dejando en paréntesis esa cronología histórica tan cruel del conflicto armado interno del país y de todos sus involucrados, estas historias representan unas de las muchas voces apagadas por el inmenso dolor de la violencia y sus daños colaterales.

Junto con los lugares en los que el ser humano habita, la historia se teje con los personajes o los mortales que conviven en la cotidianidad, por esto, una búsqueda de las huellas del dolor necesita —al igual que la literatura— de una serie de personajes que expresen su acercamiento y experiencia con el fenómeno del dolor. Esas voces del dolor presentan una larga serie de matices a interpretar, puesto que el dolor en sí mismo es ya algo complejo y, por su gran enigma y presencia en la vida, es que se puede pensar para desvelar el dolor ante el entendimiento de la esencia humana. Los relatos de la señora Zoraida y Fredy, junto con la historia de doña Cielo y don Ovidio reflejan la complejidad del dolor en sí mismo, fenómeno tan natural por su inminente presencia en toda vida existente, pero tan enigmático en sus formas de presentarse y ser padecido.

La comunidad de La Merced (Caldas), desde su fundación, ha sido un lugar con pocos habitantes a comparación de otros municipios. En la época de los ochenta, sufrió algunos robos al banco por parte de grupos de guerrilla, sin dejar mayor rastro de violencia. En el período de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), sí se padeció una época de notoria violencia. Algunos sitios alejados del casco urbano que conectan a otros pueblos y, por supuesto, con el río Cauca fueron los mayores escenarios de presencia de esta violencia, tanto así que ocurrieron varios asesinatos con sevicia. El pueblo dejó de ser un lugar tranquilo para convertirse en un sitio de zozobra. Dicha generación de habitantes de la época y, en buena parte, la de los niños viven con recuerdos inolvidables relacionados con esos actos violentos de la guerra.



Figura 11. Cuando el dolor aparece, las formas de habitar se transforman. Por aquí dejaron de sonar los pasos humildes de los trabajadores para ser reemplazados por los pasos de los señores de la guerra

Fuente: elaboración propia.

Cuando la muerte a causa de la violencia aparece y está acompañada del dolor, los lugares en donde se habita, que antes podían ser lugares de vida, dejan de serlo para convertirse en sitios del horror. Los caminos que comunicaban de un lugar a otro se volvieron escenarios de tortura y reposo de cadáveres, como lo fue la “Vuelta de la empanada” que conecta al municipio con Filadelfia (Caldas). También, el mismo río, que era sinónimo de algún sustento económico o alimenticio para sus pobladores aledaños, se volvió el cementerio fluvial de la región; fue tanta la violencia que de no saber en dónde dejar al gran número de muertos, entonces la mejor opción era botarlos al río. En La Felisa, corregimiento de La Merced, por donde pasa el río Cauca, no hay cementerio ni morgue ni hospital, por lo que aquellos cadáveres desfilaron en el carro de los bomberos, en un trayecto de media hora, hasta que eran subidos a la cabecera del casco urbano. Varios de esos desfiles fueron los que les enseñaron a los niños la presencia de la muerte y los vejámenes que nosotros mismos podíamos hacernos.

En esos entonces, Doña Zoraida, nuestra primera protagonista, en un pueblo de pocas oportunidades laborales y desarrollo social, muy jovencita, se atrevió a servir como la maquilladora de esas decenas de cadáveres que emergían. La mayoría de las causas de fallecimiento eran muertes violentas relacionadas con el actuar de los paramilitares —o

también llamados *paracos*— y eran tan fuertes sus asesinatos que, muchos cadáveres se les tenían que sellar por completo su ataúd para el funeral, debido al alto grado de maltrato. En este testimonio, se encuentra una aceptación de la condición natural de los seres humanos como mortales, el hecho de que todos nos vamos a morir le quedó muy claro a doña Zoraida. Cuerpos sin uñas, llenos de hematomas, manos sin dedos, cortes en la piel, entre otras muchas imágenes siguen aún nítidas en la memoria de la señora.

El hermano de doña Zoraida es otro de los testimonios de esta serie de relatos. Don Fredy, en ese período trabajó como el sepulturero del cementerio municipal. Lo característico de este caso, a diferencia del primero, es que a nuestro segundo protagonista la serie de vivencias cercanas a las experiencias lesivas, a la muerte y al dolor le afectaron de una forma un poco más profunda. Después de varios meses, el cementerio se quedó sin sepulturero porque este renunció debido a un agotamiento con su labor. Las razones pueden ser muchas, entre ellas, la constante preparación de la morgue para el proceso con los cadáveres. También, haber sido testigo de tantos entierros llenos de lágrimas y lamentos aportaron a ese retiro de este trabajo. Hoy día, estos hermanos trabajan la una preparando alimentos y el otro en una emisora de radio como locutor, están acompañados de hijos y de nietos, y cierran estos episodios turbios del pasado en él, ahora, pueblo tranquilo.



Figura 12. Entrada al sepulcro, la cual hace recordar la condición de mortales que tenemos todos

Fuente: elaboración propia.

La historia de Doña Cielo es casi una versión del Job de la *Biblia*. La hoy anciana sufrió la pérdida de todos sus hijos varones a causa de la acción paramilitar, aunque como consuelo le quedó la compañía de todas sus hijas. Uno tras otro fue asesinados en diferentes lapsos y la agonía seguía aumentando. Ante un dolor tan terrible por la pérdida de seres queridos tan importantes, la razón que doña Cielo da para haber soportado el inmenso dolor es el amor a Dios. De cuna muy humilde y trabajadora, en uno de los sectores alejados del centro y más pobres, esta señora —junto a su esposo jornalero— formaron un hogar como cualquier campesino promedio de un pueblo. Con el transcurso de los años fueron apareciendo más de diez hijos e hijas, y con la llegada de la violencia todos sus hijos fueron víctimas directas.

En el corazón de Doña Cielo no reposa ningún sentimiento de odio y, mucho menos, de venganza alguna. Tampoco tiene algún conocimiento de la lógica y dinámica de esa maldita guerra. Sabe que lo suyo, obviamente, es una tragedia, pero tiene claro que, a pesar de todo, la vida tiene que seguir y que la justicia yace en ese ser divino, creador y todopoderoso que la acompaña a ella y con quien seguramente están sus hijos perdidos. Hay días oscuros en los que la invaden los tristes recuerdos de sus hijos llenos de vida junto a la numerosa familia, quienes no tuvieron muchos bienes materiales, pero fueron sumamente felices. Queda ella misma, todas sus hijas y, ahora, todos sus nietos, más que suficientes razones para continuar en la lucha. Tiene la confianza de que Dios es bueno, que no tiene culpa alguna de su desgracia, sino que, por el contrario, dentro de sus planes divinos debe haber algo preparado tanto para ella como para sus seres amados.



Figura 13. Cementerio municipal de La Merced, Caldas

Fuente: elaboración propia

Las líneas sobre Don Ovidio no son de un testimonio directo, puesto que ya no está con nosotros. Este relato se aleja de ese contexto histórico de la violencia, pero se asemeja a la historia de Iván Ilich (Tolstoi, 2014). Más allá de las posibles razones de un suicidio, queda una serie de hondas reflexiones acerca del acontecimiento. Don Ovidio, cuentan los vecinos, fue foráneo del pueblo y su vida se desarrolló siempre en este; creció con la vida promedio de cualquier campesino y realizaba tareas varias del campo. Durante su vida, estuvo acompañado, desde siempre, por su hermana, tanto en la infancia como en la vejez.

La noticia del suicidio de Don Ovidio fue de absoluto impacto para todos, ni siquiera por lo abrumador de suicidio o muerte misma, sino que por lo que siempre fue como persona, pues destacó por su humildad, gentileza, alegría y temple de trabajador. Dicen que una posible causa es el fallecimiento de su hermana porque eso lo dejó solo, pues ellos dos eran lo único

que tenían en vida, el uno para el otro. Así como Ilich, probablemente, Don Ovidio fue consciente de algún tipo de dolor, de sufrimiento y de angustia, pero nunca pudo llegar a comprenderlo del todo.



Nota: en la parte izquierda de la foto está el baño en el que ocurrió la defunción del señor. Don Ovidio es un Iván Ilich que, además de no entender muy bien su dolor, tampoco pudo con él y decidió renunciar a él.

Figura 14. Ruinas de la casa de Don Ovidio después del fallecimiento de su hermana y de su suicidio

Fuente: elaboración propia

En estos cuatro relatos se expresan algunos de los diferentes matices del dolor. Lugares en los que se habita y que, por la llegada de la furia de la guerra, pasaron de ser algo para convertirse en otra cosa. La aún permanencia del aspecto espiritual o religioso dentro de las formas de existencia son una escapatoria para afrontar adversidades de la vida, como lo hizo Job y doña Cielo. Posturas contrarias alrededor de la muerte como algo abrumador, como el caso de los hermanos Zoraida y Fredy; y la reaparición del dolor que no se sabe nada más que de su presencia misma, pero que no se puede comprender del todo, como el de Iván Ilich y Don Ovidio. Así, el dolor —como fenómeno inherente a la naturaleza humana— sigue estando ahí siempre y nosotros —con la ayuda de la filosofía y de la literatura— podremos seguir pensando una comprensión diferente del dolor desde nuestra condición de mortales.



Figura 15. Resurgir, “no hay mal que dure 100 años”

Fuente: elaboración propia

Al lado del río Magdalena

En el otro extremo de las cordilleras de montañas se encuentra Honda (Tolima), el segundo lugar protagónico en el que acontecieron una serie de sucesos que hoy en día parecen empolvados por el transcurso del tiempo, pero que han dejado como testigos directos algunos habitantes que también son dolientes de la violencia de una nación. Este lugar dejó de representar un paraíso casi mágico para convertirse, en su momento, en un buque estratégico para algunos señores de la guerra que, aprovechando la ubicación del municipio como centro del país, lo volvieron un paso obligado para los negocios turbios y dejaron secuelas que, hasta ahora, siguen vigentes en los recuerdos de varias de sus cálidas calles.

Representando uno de los pocos sitios patrimoniales de todo Colombia y bañado por el río más importante del país, Honda (Tolima), en su momento, dejó de ser aquel sitio turístico para convertirse prácticamente en un puerto de la muerte. Lo anterior muestra que el dolor manifestado en una de sus maneras, o sea, infligidos desde la violencia, hace que la esencia tanto de la vida, de las personas y de los lugares en los cuales se habitan dejen de ser lo que son para convertirse en algo totalmente diferente y adverso. La aparición de Ares, el dios de la guerra opaca cualquier rasgo de vida. Los relatos que se presentan a continuación dejan de estar centrados en los testimonios directos, para ubicarse en los lugares en que se

habita, de la esencia de esos sitios y de los diferentes acontecimientos alrededor de dichos parajes.



Figura 16. Puente Alfonso Palacio Rudas en Honda (Tolima), encima del río Magdalena

Fuente: Invías (2020).

Esta historia, al lado del municipio corazón de Colombia, se cuenta también junto a la población aledaña de Puerto Bogotá, corregimiento de Guaduas (Cundinamarca). Ambos sitios están conectados por varios puentes y uno de ellos funciona como un paso obligado que conecta a todo el país, por esta razón, es que ambos lugares fueron tomados fuertemente, desde 1999, por grupos paramilitares y fueron usados como centro de sus operaciones logísticas para el resto del valle del Magdalena. Si bien del mismo modo que en La Merced (Caldas) hay una larga serie de personajes testigos del dolor a causa de la violencia, en Honda y en Puerto Bogotá las historias no son relatos individuales, sino, más bien, es una historia colectiva.

En primer lugar, la aparición de Ares, como el señor de la guerra, hizo que las formas de habitar cambiaran drásticamente para mal. Era un lugar mágico gracias a su rica historia antigua que ha servido como centro turístico y pasó a convertirse en un puerto de la muerte, en el que los señores de la violencia dominaron, a través de la fuerza, toda la lógica social, acciones que convirtieron al río en un cementerio fluvial más para la región.

Lastimosamente, en un país tan violento, la misma guerra ha logrado normalizarse. La historia de Puerto Bogotá comenzó varias décadas atrás, este poblado emergió como refugio para exiliados de la violencia entre conservadores y liberales, provenientes de la capital, esto quiere decir que se consolidó como un lugar para resurgir. Años después, estos mismos pobladores y sus descendientes fueron azotados, nuevamente, por la violencia y el dolor reapareció.

La organización de grupos paramilitares en el lugar fue a causa de ser un punto estratégico por su centralidad, también surgió con la excusa de eliminar a una serie de indeseados que no cabían dentro de la lógica de una sociedad “buena”, se hablaban de los expendedores de droga, de los consumidores y hasta de los homosexuales o también nombrados como “todos aquellos que no tienen ningún futuro por delante”. Relatos de violencia y exterminio abundan, como el caso de un joven futbolista del pueblo que era tan bueno en su labor que todos lo veían muy cerca de entrar al profesionalismo con algún equipo de fútbol del país y que fue asesinado por chismes sobre su adicción. La crueldad en el marco de la guerra también se presenta, por ejemplo, ronda la historia de alguien que fue despellejado en un recipiente gigante de agua hirviendo y también la famosa Masacre del Chorro, en la que se ultimaron a varias personas reunidas en el sitio por, supuestamente, ser expendedores. Esas fueron algunas muestras de la furia de Ares en acción.

Sin embargo, después de una ola de violencia, llegó cierta tranquilidad en los dos pueblos, aunque el paso de la guerra a través de la violencia dejó muchos rastros y secuelas. En los dos focos de experiencia, es llamativo que, después de tanta barbarie, se mantuviera una especie de silencio colectivo, cuando hubo un dolor colectivo. Es claro el miedo de los habitantes de tener represalias en caso de decir algo y también fue el caso de algunos diamantes de sangre, que durante la época violenta entablaron alianzas con esos personajes violentos para realizar negocios y sacar provecho del caos que genera la guerra.

A ese silencio colectivo que, por no nombrar las cosas, al mismo tiempo, ocultó ese dolor colectivo que padecieron los habitantes de La Merced (Caldas), Honda (Tolima) y Puerto Bogotá (Cundinamarca); a ese silencio doloroso le faltó un poeta que bajara a las penurias de ese desastre que dejó la guerra y mostrara al mundo todo lo que queda por nombrar. A ese silencio y a ese dolor colectivo les faltó también un Prometeo encadenado

que se sacrificara para enunciar todo lo sucedido. Si la función del poeta en Heidegger (1994) es bajar al abismo y enunciarle al mundo las malas y nuevas buenas, a esta guerra y a estos testigos directos del dolor, les sigue haciendo falta ese rapsoda social que siga nombrando y denunciando los horrores de la violencia, para que esta no siga como si estuviera oculta aun dejando sinnúmero de víctimas. También, ese mismo rapsoda se convierte en héroe a la vez, porque nombrar la guerra, así sea por dignidad a sus víctimas, conlleva siempre un sacrificio en el sentido de que puede representar un peligro para aquellos que buscan alivianar aquellos territorios donde Ares ha descargado toda su furia.

Son poetas y héroes todos aquellos que no se quedan con ese silencio indiferente en lugares donde solo se han escuchado los sonidos de las armas y los gritos de las víctimas, son héroes y poetas desde la señorita Carranza (1998) que en su poesía deja impregnada para la historia las masacres de la guerra, como también las víctimas directas de la violencia por la guerra son héroes, quienes así como nunca olvidarán sus angustias tampoco les sobrá ser escuchados y nombrados para que todo lo malo no vuelva a suceder. El dolor como secuela de la guerra actúa como una especie de mano que mueve, ocultamente, los hilos de la vida, pero que es contundente en sus formas de actuar. Ante un dolor no nombrado, rescatar los relatos y la historia alrededor de esas causas del dolor, resulta ser una tarea de un valiente que puede recordar para no olvidar todo lo padecido.

Conclusiones

Por consiguiente, el acercamiento entre la filosofía y la literatura es de suma relevancia para poder comprender de formas satisfactorias el fenómeno del dolor como realidad humana y existencial. En el análisis de fenómenos existenciales como el dolor, el cual es inminente en la naturaleza, hay recursos que la filosofía ofrece, para el caso lo fue el pensamiento ontológico de Martin Heidegger (1994), y también a veces hay recursos pertinentes que la literatura puede ofrecer para explicar por diferentes métodos eso mismo que la filosofía intenta reflexionar; por ejemplo, esa literatura clásica griega, la rusa y la misma biblia fueron recursos necesarios para narrar los casos en que el dolor aparece y se manifiesta. Así, filosofía y literatura se auto complementan para exponer y construir diversas posturas de temas relevantes de la vida como lo es el dolor.

El fenómeno del dolor resulta un asunto pertinente para reflexionar desde la filosofía. En este sentido, el ejercicio racional de pensar la totalidad de las cosas tiene un espacio importante en el pensamiento sobre el sufrimiento del ser humano, en relación con su existencia y su entorno. La corriente del existencialismo desde Heidegger (1994), acompañada de un lenguaje casi poético, son una herramienta para seguir profundizando en la comprensión filosófica del dolor. Lo anterior reivindica y muestra la necesidad de seguir fortaleciendo los asuntos filosóficos reflejados desde la cotidianidad de las personas.

Dentro de la postura existencial, emerge la pregunta en relación con el dolor, esta cuestión si bien ha sido tratada por algunos filósofos en diferentes épocas de la historia, no ha sido asunto principal o de mayor profundidad. De ahí que, desde el lenguaje poético del segundo Heidegger, se hace un acercamiento amable a este gran vestigio que, como la muerte y el amor, es un tema abismal de la esencia de la vida, el cual, con el transcurrir del tiempo, pide ser desvelado, piden ser pensado, reflexionado, narrado, etc.

La diversidad de la literatura representa una riqueza tan importante que sirve como una especie de herramienta por medio de la cual se pueden pensar algunos asuntos de índole filosófica. Para este caso, los tres principales protagonistas de esas grandes obras de la literatura reflejan los diferentes modos en los cuales se manifiesta y se entiende el dolor. Iván Ilich (Tolstoi, 2014), Prometeo (Esquilo, 1993) y Job (Reina Valera, 2016) son la representación casi exacta o perfecta de un dolor existencial, ese dolor que le compete a la

filosofía. Primero, Ilich es el doliente por perfección, aquel que busca comprender el origen de su angustia y que sabe que no proviene de una fuente física. Después, Prometeo representa las maneras heroicas en que los dolientes, para sobrepasar sus penas, realizan sacrificios de diferentes tipos. Y, por último, con Job, se evidencia ese dolor que busca ser resuelto por la mayoría de los dolientes, los cuales buscan refugio desde lo divino o lo espiritual. Estas historias nombran la complejidad del dolor cuando aparece.

La reflexión filosófica-literaria ofrece interpretaciones novedosas del dolor y un recordatorio para el pensamiento humano de no olvidar otros asuntos de la existencia misma que, por afanes de un mundo caótico, se suelen ignorar y que, efectivamente, sí son de suma relevancia. Cuando el dolor se desvela, muestra su naturaleza inherente a la vida, nos hace reflexionar más allá de las simples cosas formales del diario vivir. La existencia, la filosofía y el dolor confabulan para que el pensamiento humano siga recordando asuntos esenciales de la existencia. Si se comprende el dolor, se puede comprender mejor la vida, por lo que, nos comprendemos mejor nosotros.

Esas marcas, huellas o rastros del dolor se comienzan a desvelar también cuando se piensa la cruda realidad de la violencia en Colombia. La guerra —como fenómeno social y problemática de un país— deja a su paso una larga serie de vestigios por desvelar. Las víctimas del conflicto armado, es decir, las víctimas de Ares, el dios de la guerra, han experimentado casi todas las formas posibles de lo abismal del dolor. El que sufre requiere ser escuchado, pero además, que su historia y su nombre sean nombrados en reconocimiento y memoria de su sufrimiento, para que el dolor no se repita y esas esquirlas lleven un peso menor con el tiempo. Esas personas del común que un día padecieron la violencia se ven obligadas a pensar más allá de lo normal ese dolor que los agobia.

Referencias

- Acevedo, J. (2006). *De la fenomenología a la experiencia*. Biblioteca Digital DIBRI -UCSH por Universidad Católica Silva Henríquez UCSH-DIBRI. http://biblioteca-digital.ucsh.cl/greenstone/collect/revista1_old/import/Hermeneutica/N%2015/Heidegger/Heidegger.pdf
- Agustín, S. (1982). *El libre albedrío, en obras completas de San Agustín*, Vol. III. BAC Biblioteca de autores cristianos.
- Beccaria, C. (2015). *Tratado de los delitos y de las penas*. Universidad Carlos III de Madrid.
- Berkeley, G. (1992). *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Alianza Editorial.
- Blake, W. (1820). *Libro de Job* [acuarelas]. Dominio público.
- Benjamin, W. (2021). *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*. Alianza editorial.
- Bonnat, L. (1880). *Job* [óleo sobre lienzo]. Dominio público.
- Carranza, M. (1998). *El canto de las moscas*. Arango Editores.
- Cioran, E. (1998). *Del inconveniente de haber nacido*. Taurus.
- Deleuze, G. (1993). *¿Qué es la filosofía?* Editorial Anagrama.
- Dostoyevski, D. (2022). *Crimen y castigo*. Freeditorial. <http://www.suneo.mx/literatura/subidas/Fiodor%20Dostoyevski%20Crimen%20y%20castigo.pdf>
- Duran, C. (1860). *El convaleciente* [óleo sobre lienzo]. Museo de Orsay.
- Durero, A. (1507). *Cristo como varón de dolores: la pasión pequeña en cobre* [grabado]. Banco de la república, Bogotá.
- Esquilo. (1993). *Tragedias*. Editorial Gredos.
- Falret, J. (2016). *Enfermedades mentales y asilos para alienados*. Editorial Polemos.
- Foucault, M. (2006). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI Editores.

- Fuger, H. (1817). *Prometeo lleva el fuego a la humanidad* [óleo sobre lienzo]. Dominio público.
- Heidegger, M. (2010). *Caminos de bosque*. Alianza editorial.
- Heidegger, M. (1994). *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal.
- Hobbes, T. (1980). *Leviatán*. Editora Nacional.
- Hospers, J. (1976). *Introducción al análisis filosófico*. Alianza Editorial.
- Hölderlin, F. (2020). *Pan y vino, ensayo sobre un poema de Hölderlin*. Editorial universidad de Antioquia.
https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/13892/4/Leer_y_Releer_91.pdf
- Hume, D. (1992). *Tratado de la naturaleza humana*. Tecnos.
- Instituto Nacional de Vías – Invías [InviasOficial]. (10 de agosto de 2020). Puente Alfonso Palacio Rudas en Honda (Tolima). Facebook.
https://www.facebook.com/InviasOficial/?tn-str=k*F
- Kardos, G. (1900). *El temeroso Job* [óleo sobre lienzo]. Hungarian National Gallery.
- Klee, P. (1920). *El ángel nuevo* [dibujo a tinta china, tiza y acuarela sobre papel]. Museo de Israel.
- Lévinas, E. (2002). *Totalidad e infinito*. Ediciones sígueme.
- Maquiavelo, N. (1976). *El príncipe*. Editorial Porrúa.
- Moscoso, J. (2011). *Historia cultural del dolor*. Editorial Taurus.
- Münch, E. (1930). *El grito* [óleo, temple y pastel]. Galería Nacional de Noruega.
- Nietzsche F. (2017). *Aurora. Pensamientos acerca de los prejuicios morales*, Ed. Tecnos.
- Orozco, J. (1930). *Prometeo* [mural, técnica mixta]. Pomona College.
- Ortega y Gasset, J. (1914). *Meditaciones del Quijote*. Publicaciones de la residencia de estudiantes.

- Peirce, C. (1996). Un argumento olvidado en favor de la realidad de Dios. Cuadernos de anuario filosófico. Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra.
- Platón. (1988). *República*. Editorial Gredos.
- Reina Valera. (2016). *La Santa Biblia*. La iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos días.
- Rousseau, J. (2016). *Emilio o de la educación*. Ediciones de la Junji.
- Rosset, C. (2000) La fuerza mayor. Notas sobre Nietzsche y Cioran. Laberinto Ediciones.
- Rubens, P. y Snyders, F. (1636). *Prometeo capturado* [óleo sobre lienzo]. Museo de arte de Filadelfia.
- Sampieri, R. (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill Education editorial.
- Schopenhauer, A. (2009). *El mundo como voluntad y representación I*. Trotta.
- Spinoza, B. (1999). *Ética demostrada según el orden geométrico. Introducción, traducción y notas de Vidal Peña*. Alianza editorial.
- Tolstoi, L. (2014). *La muerte de Iván Ilich*. Biblioteca digital del Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa.
http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/MuerteIvanIlich.pdf